

Artículos

Una nueva fase en el proceso salvadoreño

Ignacio Ellacuría

Resumen

El artículo mantiene la tesis de que, a partir de 1989 se inicia una nueva fase en el proceso salvadoreño. La acumulación de hechos pasados, especialmente los de 1988, abren paso a una nueva fase, cualitativamente distinta, en la que la paz está más cerca que nunca, aunque todavía está lejos. El enfrentamiento violento y militarista del proyecto revolucionario y del proyecto contrarrevolucionario, que define el proceso en los setenta y en los ochenta, propende a ir cambiando mediante la reformulación moderadora de los proyectos y la posibilidad real de un modo distinto de enfrentamiento, en el que entran de lleno las elecciones y la negociación. Esta nueva fase se muestra en distintos agentes y procesos, examinados en el artículo, especialmente en la nueva posición del FMLN y, en menor medida, de ARENA. Como conclusión se proponen algunas medidas para entrar de lleno en esta nueva fase decisiva para el proceso salvadoreño y también para el centroamericano, con el cual se relaciona.

Con el golpe de octubre de 1979 se rompió el proceso, iniciado con el anterior golpe de 1961. El proceso pseudo-democrático, que permitió una secuencia fraudulenta de cuatro presidentes militares, se agotó con el general Romero. Lo que ha venido después hasta los meses finales de la presidencia de Duarte ha sido un enfrentamiento entre el proyecto revolucionario del FMLN y el proyecto contrarrevolucionario de Estados Unidos y de sus aliados en El Salvador. Pues bien, este en-

frentamiento ha entrado en una nueva fase, sobre todo en el caso del FMLN, pero también en el de otras fuerzas de El Salvador, especialmente de las fuerzas de derecha agrupadas en ARENA. Serían el FMLN y ARENA, quienes más habrían transformado sus tácticas e incluso su concepción de la situación y, consecuentemente, su estrategia. La iniciativa ha estado de parte del FMLN, pero las lecciones de estos últimos ocho años de guerra han sido asimiladas, no sólo por el FMLN, sino por

casi todos los sectores de El Salvador, aunque no haya conocimiento seguro sobre la posición de la Fuerza Armada. También queda sin definir lo que el nuevo presidente norteamericano tenga pensado y decidido para Centroamérica y El Salvador.

Para entender la orientación de la nueva fase, es menester reasumir lo que fue el año 1988 como año de transición.

1. 1988, año de transición acumulativa

En enero de 1988 el editorial de *ECA* (enero-febrero, 1988, 5-20) caracterizaba ese año como de transición para El Salvador. Esto significaba negativamente que no iba a ocurrir en él nada decisivo para resolver los problemas nacionales; significaba positivamente que se iba de camino hacia algo nuevo por acumulación de factores y agentes nuevos, que iban a entrar en plena vigencia durante 1989. Sólo el FMLN pensaba que el año 1988 pudiera ser decisivo, por cuanto podría lograr algunos avances importantes en la lucha revolucionaria, tanto en lo estrictamente militar como en el capítulo de la organización e insurrección de las masas. Los hechos han demostrado que en 1988 no se ha logrado nada nuevo, pero se han preparado y acumulado nuevos dinamismos y orientaciones. El año 1988 puede definirse, por tanto, como un año de transición y de acumulación, en el que las fuerzas principales se prepararon para entrar en una nueva fase.

Un año en el que Estados Unidos se dedicó fundamentalmente a decidir quién iba a ser su nuevo presidente, en el que El Salvador se dedicó también a preparar la elección del suyo; un año, en consecuencia, que suponía prácticamente el final de dos presidencias, la norteamericana y la salvadoreña, las cuales no habían podido resolver el problema fundamental de El Salvador en los ocho años anteriores. Un año de estas características no podía dar de sí nada consolidado para el futuro de El Salvador. Fue un año final, en el que se iba a demostrar que el proyecto reaganiano para Centroamérica y El Salvador, estaba mal concebido y peor desarrollado. La no aceptación plena de Esquipulas II y la preferencia de las soluciones

violentas sobre las soluciones negociadas iban a mostrarse como definitivamente fracasadas para conseguir la paz y para consolidar la democracia. Este fracaso iba a convertirse en exigencia de algo nuevo, capaz de superar limitaciones y equivocaciones del pasado.

El FMLN, por su parte, entró en un período de reflexión y reconsideración. Su actividad estuvo regida por los análisis y las proyecciones, hechas en la reunión de la comandancia general tenida en 1987. Esto lo llevó a reforzar su capacidad militar y también a intensificar la preparación de una insurrección general, lo cual le condujo a una significativa acumulación de fuerzas. Su presencia estrictamente militar se extendió y se profundizó por casi todo el país causando a la Fuerza Armada un número de bajas, mayor que el de los años inmediatamente anteriores, y llevando sus ataques a los centros urbanos más poblados, no excluida la capital. También su presencia insurreccional fue mayor en las ciudades y en el campo. Pero ambos incrementos fueron más significativos como acumulación previa para acciones de mayor envergadura que como resultado inmediato. Junto a esta actividad sostenida mantuvo, en el interior de la organización, el mayor debate político e ideológico de los últimos años, el cual se mostró durante 1988 en la aceptación, no sólo de la entrada pública al país del FDR (MNR, MPSC y UDN) sino, sobre todo, de la participación de la Convergencia Democrática en las elecciones presidenciales. Esta última discusión va a convertirse en uno de los goznes principales del giro del FMLN.

Se esperaba que la Fuerza Armada con la subida de la tandon, si no de manera total, al menos de forma significativa, a la cúpula militar de mando, pudiera propiciar un cambio importante en la conducción de la guerra y aun en las relaciones del poder militar con el poder civil. Pero esto no fue así. Y no lo fue tanto porque no se dio cambio en el proyecto norteamericano como porque la relativamente nueva dirección militar se percató del carácter transitorio del último año de Duarte y no quiso quemar sus posibilidades de acción en una nueva presidencia, potencialmente

más favorable. También aquí se acentúa el carácter transicional de 1988 como preparación acumulativa de lo que pudiera hacerse a partir de 1989.

Los partidos políticos también se prepararon para 1989. Hubo una primera escaramuza importante con las elecciones a diputados y alcaldes de marzo de 1988. Dominar la asamblea legislativa era un objetivo importante y a ello se dedicaron esfuerzos vigorosos, resultado de los cuales es la consolidación de una tendencia desventajosa para el PDC y ventajosa para ARENA. Es otro momento de la transición y de la preparación para la batalla decisiva de las elecciones presidenciales en 1989. ARENA prepara, no sólo su táctica electoral sino también repiensa su estrategia política, tanto para venderla a Estados Unidos y a una mayor franja de electores como para resolver los problemas nacionales desde un enfoque distinto, al que fue el suyo propio hasta hace poco más de un año, pero que venía siendo cambiado paso a paso, al menos desde 1985; ARENA se prepara así no sólo para ganar unas elecciones, sino también para gobernar con éxito. El PDC, por su parte, trata de salir del hoyo abierto por la poco afortunada gestión del presidente Duarte y la corrupción y confusión del partido con sus luchas internas y sus acusaciones intestinas; su objetivo para 1988 no es hacer algo como partido o como gobierno, sino prepararse a no perder las elecciones presidenciales como había perdido la de diputados y alcaldes, intentando para ello desmarcarse de la gestión

gubernamental y de la imagen de un partido corrupto e incapaz, pero sin abandonar el principio fundamental, muy bien acogido por la administración norteamericana, pero muy rechazado por el FMLN, de que el PDC y su gobierno representan un centro democrático entre dos extremas totalitarias. De todos modos ambos partidos coinciden en hacer de 1988 un año de transición y de preparación para la batalla presidencial de 1989.

También en 1988 tiene lugar la consolidación del FDR en la cancha política interna del país, mediante la aparición pública y oficial de la Convergencia Democrática. El hecho no es cuantitativamente importante como desafío electoral, pero sí lo es cualitativamente para la discusión y el avance de la tolerancia democrática. La presencia, bien asimilada, del MNR y del MPSC y de sus máximos dirigentes, hasta entonces vistos como muy vinculados al FMLN, abrió nuevas posibilidades de diálogo y negociación en un clima de mayor flexibilidad y tolerancia. El FDR y la CD, no obstante las presiones sufridas por parte de Estados Unidos, la Fuerza Armada y la mayor parte de los partidos políticos, no rompieron con el FMLN. Esta no ruptura va a resultar decisiva, pues impide el distanciamiento definitivo del FMLN con el proceso político interno y, al contrario, aproxima el movimiento revolucionario al resto de los movimientos políticos.

No poca importancia tuvo en 1988 el debate nacional, organizado por la Iglesia católica y, más



En el ámbito internacional se fueron imponiendo los procesos de negociación, como medios de solución a los conflictos, sobre los procesos estrictamente militares.

en concreto, por el arzobispado de El Salvador (cfr. "El significado del debate nacional," *ECA*, agosto-septiembre, 1988, 713-729). Constituyó una importante reunión de fuerzas sociales, y logró un amplio consenso sobre las causas del conflicto y los medios de resolverlo. El marco general, trazado por las conclusiones del debate nacional se va a convertir paulatinamente en el marco comúnmente aceptado hasta por ARENA y, desde luego, por la democracia cristiana. Haya sido esto para captar votos o porque se ha llegado a la conclusión de la objetividad y el realismo de las propuestas del debate nacional, el hecho es que éste debate nacional se convirtió en un impulso decisivo para buscar la solución del conflicto salvadoreño por medio de la negociación.

En el ámbito regional, durante 1988, quedó paralizada la situación por el congelamiento forzado al que se sometió a Esquipulas II. Aunque prácticamente quedó estancada la acción de los contras tras los acuerdos de Sapoá —un hecho en sí mismo muy importante como momento de la transición acumulativa—, el dinamismo de la paz y del entendimiento en Centroamérica no logró avances significativos y aun por momentos pareció definitivamente detenido por las sucesivas postergaciones de las reuniones programadas de los presidentes centroamericanos.

Finalmente, en el ámbito internacional se fueron imponiendo los procesos de negociación, como medios de solución a los conflictos, sobre los procesos estrictamente militares. Gorbachov tomó la iniciativa conjuntando su proceso de *perestroika* y *glassnot* interno con una actitud de semejante novedad radical en las relaciones internacionales, logrando acuerdos de gran significado con Reagan y promoviendo la solución de los conflictos regionales por la vía de la negociación. No sólo las superpotencias entraron por este camino, sino que también lo hicieron las medianas y las pequeñas así como toda una serie de grupos revolucionarios

armados. La URSS dio ejemplo en Afganistán y Cuba lo hizo en Angola. Prácticamente sólo Israel contradijo esto que podría llamarse una nueva fase histórica, en la que la ONU ha logrado por fin desempeñar un papel de primerísima importancia.

Todo este conjunto de corrientes, que no deben estimarse como pura casualidad ni siquiera como movimientos simultáneos simplemente paralelos sin unidad estructural, permite hablar de un conjunto de procesos y en su conjunción de un proceso global, aunque diferenciado, con nuevas e importantes características, debidas no tanto a los hombres que aparecen al frente, sino a condiciones estructurales del mismo proceso, de suerte que va a ser éste el que, en última instancia, determine a los agentes y no éstos quienes determinen el proceso. Va a darse ciertamente una funcionalidad mutua y en algunos casos y por momentos la importancia de los agentes puede ser decisiva, pero a larga y en última instancia van a ser más determinantes los procesos que los sujetos.

Toda esta carga positiva va a transmitir 1988 a 1989 junto, naturalmente, con una serie de problemas graves y agravados, percibidos además así de una forma generalizada. Estados Unidos —gobierno, congreso, autoridades políticas, culturales y religiosas— se va persuadiendo que su política centroamericana, regional y nacional, no ha tenido el éxito deseado, no obstante haber considerado el área como de primera importancia estratégica. Los presidentes centroamericanos se ven forzados a impulsar una nueva solución centroamericana en el marco de Esquipulas II, pero con nuevas iniciativas e impulsos. Los pueblos centroamericanos, especialmente los de El Salvador y Nicaragua, presionan sobre sus dirigentes para que, cuanto antes, se alcance una solución a sus angustiosos problemas. Las fuerzas sociales y los partidos políticos perciben claramente la presión popular y miran cómo darle salida para evitar explosiones peores. Ciertamente quedan fuerzas recalcitrantes,

El proyecto de Reagan para Centroamérica no tuvo el éxito deseado en ninguno de los países centroamericanos y fue casi un fracaso total en Nicaragua y El Salvador.

pero incluso ellas no están contentas con lo que ocurre, aunque su propuesta de solución vaya más por la vía de la violencia que por la vía de la negociación.

En este nuevo contexto histórico, que no es una mera coyuntura, debe interpretarse la nueva posición de los agentes principales en El Salvador y en Centroamérica. La hipótesis fundamental que manejamos es que el proceso histórico reciente de Centroamérica —especialmente en Nicaragua y El Salvador— ha de verse como determinado fundamentalmente por el enfrentamiento del movimiento revolucionario marxista con el movimiento dominante, capitalista conservador. Pues bien, este enfrentamiento de características conocidas en los años anteriores ha entrado en crisis y se abre a otro modo, fundamentalmente nuevo y superior, cuyas características pueden ya apreciarse.

2. Características nuevas de los agentes y sucesos principales

Aunque sea el proceso el determinante principal de lo que está ocurriendo, no es mal método analizar en los agentes y en los sucesos las características principales de la nueva fase. Efectivamente al acomodarse ellos a la nueva corriente histórica muestran con claridad, no sólo sus nuevas posiciones, sino la fuerza y dirección del proceso. Afortunadamente hay hechos y actitudes tan claramente nuevas, que su mera exposición señala lo profundo del cambio.

2.1. Crisis del proyecto norteamericano para Centroamérica

El proyecto de Reagan para Centroamérica no tuvo el éxito deseado en ninguno de los países centroamericanos y fue casi un fracaso total en Nicaragua y El Salvador. Los problemas surgidos con Noriega en Panamá, los estallidos de violencia antinorteamericana y la incubación de grandes

problemas en Honduras, el casi nulo avance en realizaciones prácticas del gobierno democristiano de Cerezo en Guatemala y el problema de la deuda de Costa Rica muestran ya de por sí que no hay un proyecto norteamericano efectivo para el área. Pero esto aparece aún más claro en los casos de Nicaragua y El Salvador.

En Nicaragua la solución militarista y aun terrorista de los contras ha supuesto enormes daños al pueblo nicaragüense sin haber logrado un debilitamiento notable de los sandinistas. La retórica anticomunista, que hizo de vulgares mercenarios del imperio unos heroicos luchadores de la libertad, se vino abajo con los acuerdos de Esquipulas II y las conversaciones de Sapoá. El embargo económico impuesto por Estados Unidos pesó más sobre los sectores más necesitados y no causó deficiencias mayores en el aparato militar y policial. El único tanto positivo que puede asumir la administración Reagan es el haber obligado a los sandinistas a ir concediendo calculados avances en el proceso de democratización.

En El Salvador tampoco se ha tenido éxito, no obstante haber contado con la total colaboración del gobierno de Duarte y de la Fuerza Armada. A pesar de más de sesenta mil muertos, a pesar de unos cuatro mil millones de dólares de ayuda, a pesar de haber quintuplicado los efectivos militares desde 1981, el FMLN no ha sido derrotado militarmente antes se ha visto robustecido, la situación económica ha empeorado de modo que se ha profundizado y extendido la extrema pobreza, causa principal del conflicto y el diseño político de un centro que se abría paso entre dos extremismos ha resultado inoperante y ha sido finalmente rechazado por los propios electores salvadoreños. La extrema derecha, representante del gran capital, a la que se buscaba debilitar, ha terminado victoriosa, mientras que los aliados sumisos de Estados Unidos, capitaneados por el

presidente Duarte, han sido derrotados en dos elecciones sucesivas que han dejado todo el poder en manos de ARENA. En el haber norteamericano puede ponerse indirectamente una cierta consolidación de los procesos electorales, una cierta disminución en la violación de los derechos humanos y un cierto respeto por parte de la Fuerza Armada de las decisiones tomadas por el poder civil, siempre que estas decisiones no pongan en peligro los intereses corporativistas del ejército. Se ha evitado el colapso económico, se han fortalecido algunas libertades democráticas, se han abierto espacios políticos, se ha evitado la derrota aunque no el avance sistemático del FMLN, se ha logrado indirectamente una cierta moderación y flexibilización de la mayor parte de las fuerzas sociales y políticas, pero el proyecto como un todo ha fracasado. Ni el centro entre los dos extremismos se ha consolidado ni el diseño reformista ha podido establecerse. Las dos extremas, aunque más moderadas, se han fortalecido y el presunto centro se ha debilitado, mientras que el robustecimiento del militarismo sigue siendo el freno principal a un proceso de democratización.

Todo esto es percibido de alguna manera no sólo por el congreso norteamericano y por la nueva administración, sino también por la antigua. Schulz reconoció, antes de irse, que no había tenido éxito en Centroamérica. Elliot Abrams, su delirante subsecretario para asuntos latinoamericanos, lo atribuyó a no haber invadido Nicaragua, pero tampoco pudo negar el fracaso. Y este reconocimiento compartido es hoy por hoy un punto positivo para trazar una nueva estrategia norteamericana en el área, que busque su propia seguridad a través del desarrollo económico rápido y justo de los sectores populares, del respeto a la autodeterminación de los países y de los presidentes tal como se manifiesta en todo el proceso de Esquipulas II, de la desmilitarización de la zona, de una verdadera democratización que tenga en cuenta el respeto de los derechos humanos, la sumisión de los ejércitos al poder civil y el fortalecimiento de un auténtico poder judicial. Aunque todavía no se ven signos de definición política por parte de la nueva administración, no

está cerrada la posibilidad de un nuevo proyecto menos militarista y más negociador, lo cual ayudaría mucho a entrar en la nueva fase del proceso.

2.2. Reunión de los presidentes centroamericanos en El Salvador

Esquipulas II entró en un profundo letargo en 1988 tras su impetuoso e inesperado dinamismo en 1987 (*cf.* ECA, noviembre-diciembre, 1987). Se había logrado en un primer momento superar el planteamiento de la crisis centroamericana, hecho por la administración Reagan para formular un planteamiento más autónomo y realista por parte de los presidentes de Centroamérica. Pero la administración Reagan logró durante 1988 detener ese dinamismo inicial. Sin embargo, a principios de 1989, aprovechando el vacío relativo de una política centroamericana por parte de Bush, surge de nuevo en la reunión de presidentes algo importante.

La reunión de los mandatarios en El Salvador sanciona definitivamente la legitimidad del proceso sandinista, el cual por su parte se compromete a cumplir con las medidas democratizadoras, que se le venían exigiendo. En segundo lugar, se acuerda la desmovilización de los contras y su reubicación pacífica sea en Nicaragua o en otros países, para lo cual se hará un plan conjunto, que deberá estar listo en 90 días a partir de la firma del acuerdo el 14 de febrero de 1989. En tercer lugar, se exige con firmeza que los gobiernos regionales y extrarregionales cesen de inmediato la ayuda a las fuerzas irregulares o movimientos insurreccionales en el área con excepción de la ayuda humanitaria. En cuarto lugar y con especial referencia a El Salvador se insta a esas fuerzas irregulares o insurreccionales a que se incorporen a los procesos políticos constitucionales y, en concreto, a las elecciones.

Este conjunto de propuestas relanza Esquipulas II, pero al mismo tiempo reafirma sus puntos menos consolidados, los cuales van a ser decisivos en la nueva fase.

El primero de ellos es el rechazo paladino del

La reunión de los mandatarios en El Salvador sanciona definitivamente la legitimidad del proceso sandinista, el cual por su parte se compromete a cumplir con las medidas democratizadoras, que se le venían exigiendo.

plan norteamericano para Nicaragua. Aceptado que el objetivo de la democratización del proceso nicaragüense es legítimo y no ha sido cumplido de manera cabal por los sandinistas, se condena el medio seguido por los norteamericanos para conseguirlo. Ese medio se centra en la ayuda intervencionista mediante la ayuda a los contras. Ortega y Azcona coinciden y reconocen que los contras están en Honduras, que los contras agreden desde Honduras a Nicaragua, que esto es inaceptable y que esto debe resolverse a muy corto plazo. Queda así rechazada una de las piezas claves de la política reaganiana para Centroamérica por ser inefectiva y atentatoria contra el derecho de los pueblos.

El segundo de los puntos es la aceptación de la constitución nicaragüense y de la legitimidad del gobierno sandinista. Este reconocimiento venía ya de Esquipulas II, pero no había sido aceptado plenamente en la retórica política por todos los presidentes y gobiernos del área y, mucho menos, por Estados Unidos. Significa esto que en Centroamérica, bajo determinadas condiciones, es aceptable un gobierno marxista, que no por serlo deja de ser centroamericano y legítimo, por lo cual pueden establecerse buenas relaciones con él no sólo de hecho, sino también de derecho. De ello se desprende que hay espacio político en cada uno de los países para partidos y movimientos marxistas, siempre que estos respeten las normas constitucionales respectivas pertinentes. Por eso, a pesar de que la reunión de los presidentes parece suponer un acoso multilateral contra Nicaragua, de hecho es un triunfo de los sandinistas, quienes ya se encaminaban por propia convicción a un modelo más abierto y pluralista, aunque manteniendo algunas medidas de muy dudosa eficacia política.

El tercer punto supone una aceptación por todos del modelo democrático de tipo occidental.

Quien en eso ha hecho mayores concesiones ha sido el régimen sandinista, mostrando con ello que ha tomado plena conciencia de la nueva fase histórica. Los fines revolucionarios no pueden conseguirse de momento por métodos revolucionarios clásicos, sino que han de procurarse más lenta y trabajosamente por métodos nuevos de menor violencia y de mayor libertad y pluralismo. La situación geopolítica de Centroamérica y el contexto internacional, trazado por los acuerdos entre las superpotencias, dejan poco espacio para modelos políticos y económicos de corte marxista-leninista. La dura experiencia bélica y económica de Nicaragua en estos últimos años ha supuesto un duro aprendizaje de lo que es posible y de lo que no lo es, sobre todo si se tiene en cuenta el bienestar de las grandes mayorías, necesitadas urgente e inaplazablemente de un importante desarrollo económico con la correspondiente distribución equitativa. Si juntamos a esto el serio compromiso nicaragüense de no ofrecer ayuda a los movimientos insurreccionales, éstos no tienen otro remedio que replantear el modo de su presencia histórica como vanguardia de las mayorías populares. El que el FMLN hubiera hecho con anterioridad su propuesta de aceptar la legitimidad de las elecciones salvadoreñas, si se postergaban seis meses y se daban en condiciones totalmente democráticas, demuestra que algo nuevo se estaba gestando, no surgido de acciones puntuales y de decisiones de los mandatarios, sino de raíces más profundas.

El cuarto punto es consecuencia de los anteriores. No hay solución militar a los problemas de Centroamérica y, por tanto, han de buscarse soluciones políticas. Estas soluciones políticas deben tener muy en cuenta los procesos electorales, pero no deben dejar fuera los esfuerzos de negociación, tan recomendados en Esquipulas II.

Aquellas soluciones tanto de Estados Unidos como de los gobiernos y de los movimientos insurreccionales, más de militaristas que políticas, deben ser cambiadas hasta llegar a la desaparición del componente militarista, mediante los correspondientes acuerdos negociados.

Lo importante de todo esto no estriba en que se trate de otro acuerdo de los presidentes, que como tal acuerdo puede tener mejor o peor cumplimiento. Lo importante es que en ese acuerdo se hace presente, casi contra la voluntad de los propios mandatarios, la fuerza de un proceso, que busca la paz y la busca por la vía de la negociación. Tan es así que, al menos en El

Salvador, ni siquiera las fuerzas derechistas han puesto objeción mayor al documento firmado en la Costa del sol salvadoreña. Esto es absolutamente nuevo, por cuanto estas mismas fuerzas protestaron airadamente contra el acuerdo de Esquipulas II, por su aceptación implícita del sandinismo. Contentas con la invitación hecha a las fuerzas insurgentes para que se incorporen a los procesos electorales y con los ofrecimientos democratizadores de los sandinistas, han aceptado un paso más de Esquipulas II. No es este el caso de la administración Bush, que sorprendida no acaba de aceptar el nuevo escenario y no parece dispuesta a respetar la voluntad de los pueblos y de los presidentes centroamericanos, extremo este suma-



mente peligroso por la línea directa entre los norteamericanos y los ejércitos de la región. Pero, aun con esta limitación importante, la reunión de los presidentes de Centroamérica es una primera manifestación de lo que venimos llamando el inicio de una nueva fase del proceso.

2.3. La nueva posición del FMLN

En el FMLN se refleja más claramente que en cualquier otro sector principal la aurora de una nueva fase. No en vano la comandancia general del FMLN ha estado reunida desde el mes de mayo de 1988 sin que todavía pueda darse por finalizada esta larguísima sesión, que no tiene precedente desde 1982. El haber decidido los cinco comandantes supremos abandonar el país simultáneamente y por tan largo tiempo es prueba más que sobran de que algo nuevo se está preparando. Habiéndose dado cuenta el FMLN de que estaba cuajando una nueva situación mundial, regional y nacional, se aprestó a preparar la estrategia adecuada correspondiente, que ya no podía ser más la repetición y prolongación mecánica de lo hecho hasta ahora. Si los supremos comandantes han salido del país por tan largo tiempo, se puede deducir que el problema mayor no está de momento en el interior, sino en la creación y conducción de una estrategia global nueva, de la que hay que examinar día a día los resultados y las respuestas, que otras fuerzas dan a esos resultados. La captación de la novedad de la situación centrada en la nueva política mundial de la Unión Soviética, en el cambio de la administración norteamericana, en el nuevo planteamiento regional de Esquipulas II, en los nuevos proyectos sandinistas tras las limitaciones y fracasos de los anteriores, en los cambios políticos dentro de El Salvador y en la paulatina transformación de la conciencia colectiva nacional eran, suficientes elementos e importantísimos motivos de reflexión y decisión.

Si se permite la comparación puede decirse que el FMLN empezó en mayo de 1988 su Vaticano II, que todavía no lo ha concluido. Está intentando un *aggiornamento* fundamental, una puesta al día de

su proyecto estratégico, de sus actitudes y de sus tácticas, que, como en el caso del concilio, no suponga una ruptura con lo esencial de su inspiración y de sus propósitos, pero sí un cambio fundamental como respuesta a una situación fundamentalmente nueva. Mientras en el interior del país sigue la prolongación de la estrategia y de las tácticas anteriores, los reunidos en concilio van paulatinamente avanzando hacia planteamientos nuevos, regidos más por la lógica de la realidad que por la lógica de principios dogmáticos.

Este cambio más radical estuvo precedido por una concesión previa al FDR. El FMLN aceptó como razonable la pretensión del FDR, urgido por una fuerte presión internacional, de hacerse presente en la arena política de El Salvador. Esta primera concesión, correspondida por el FDR con la afirmación explícita de que no rompía la alianza estratégica con el FMLN, es ampliada, no sin grandes discusiones, al no veto por parte del FMLN a la participación de la Convergencia Democrática en un proceso electoral, tildado por los revolucionarios de ser parte importante del proyecto contrainsurgente. Aunque este último acuerdo es ya parte esencial de la nueva postura del FMLN, puede apreciarse una cierta continuidad lógica entre ambos pasos, el de la entrada a la lucha política "democrática" para defender la necesidad de la salida negociada y el de la entrada de lleno al proceso electoral. Desde este punto de vista hay que reiterar la importancia de la acción y del discurso político del FDR en la actual posición del FMLN. Ese influjo había podido reconocerse hasta ahora en una cierta moderación de las acciones revolucionarias y en una flexibilización lograda a través de largas discusiones sinceras. Pero ahora este influjo, por la fuerza de los hechos y por la necesidad de encontrar explicación y justificación a los mismos, se ha acrecentado, aunque no hasta el punto de plegarse a todas sus exigencias y aun conveniencias, como se ha visto en el último proceso electoral.

Pero aun con este cambio, la posición fundamental del FMLN al principio de su concilio seguía siendo que su arma principal es la lucha

No hay solución militar a los problemas de Centroamérica y, por tanto, han de buscarse soluciones políticas. Estas soluciones políticas deben tener muy en cuenta los procesos electorales, pero no deben dejar fuera los esfuerzos de negociación, tan recomendados en Esquipulas II.

armada unida a la insurrección popular y que la negociación acompañante tendría que alcanzar la participación en el gobierno antes de ir a unas elecciones y la constitución de un solo ejército formado de los dos actualmente existentes. Significa esto que el cambio, si es que lo hay, no deberá verse como la concesión de un derrotado. Tal derrota no puede mostrarla nadie de modo convincente en el terreno de los hechos. Pero es que en el terreno de la subjetividad, esté o no esté bien fundada en razones objetivas, la convicción del FMLN es completamente distinta: nunca han estado tan fuertes militar y políticamente o en su relación con las masas como lo están ahora y lo pueden estar todavía mejor en muy poco tiempo más. No hay signo ninguno en estos meses de reflexión para deducir que el FMLN dude de su fuerza militar y de su fuerza insurreccional. Por tanto, no puede pensarse que el cambio provenga de esa presunta debilidad. El punto de partida de su análisis y de su apertura a concesiones importantes no ha sido y no es el abandono por agotamiento del elemento principal de su estrategia sino, a lo sumo, la persuasión de la dificultad del triunfo militar tanto en términos temporales como en términos de costos sociales y económicos para el país. Es posible que hayan considerado la dificultad de que, a larga distancia, pueda venirles ayuda militar de la Unión Soviética, de Cuba o de Nicaragua. Pero de momento esto no es dificultad por cuanto parece bien probado que han recibido últimamente un buen acopio de armas nuevas y de municiones a través exclusivamente de Honduras.

No obstante este principio y esta lógica, el FMLN había llegado ya a la conclusión de que El Salvador no tolera en la fase actual un régimen y aun un gobierno de corte marxista-leninista. Quizá este es el fundamento de todo el discurso ulterior.

En este contexto han de interpretarse las visitas, en la segunda mitad de 1988, de los comandantes Lionel González y Joaquín Villalobos a varios presidentes y altos funcionarios de países latinoamericanos de reconocida solvencia democrática. Fueron a ofrecer su propósito de establecer en El Salvador un régimen y un gobierno, capaces de resolver el problema de la injusticia estructural, pero al mismo tiempo de acomodarse a los cánones generales de las democracias occidentales. Este viaje, por lo que en él se ofreció y por lo que en él se escuchó, ha de considerarse de primera importancia en la evolución del FMLN. Es, en parte, resultado de esa evolución, pues nunca los comandantes principales se hubieran embarcado en esa empresa sin estar seguros de lo que ofrecían: una meta democrática conseguida por la vía de la negociación; pero, a su vez, ese viaje es causa de nuevas reflexiones y planteamientos para unos hombres, que no habían tenido la oportunidad en muchos años de salir de la montaña y de ponerse en contacto con líderes occidentales. El punto está bien reflejado en un artículo de Joaquín Villalobos, cuya segunda parte ha sido publicado en Estados Unidos ("A democratic revolution for El Salvador." *Foreign Policy*, 74, primavera, 1989), pero que sólo es plenamente inteligible considerado su texto completo tal como lo ha publicado *ECA* (enero-febrero, 1989). En este artículo que tiene dos partes plenamente diferenciadas, no obstante su unidad, las cuales han sido escritas con alguna separación de tiempo, lo cual permite reconocer un cierto avance en el pensamiento, se sostiene en la primera que el triunfo militar y la insurrección popular no son dos sueños, sino dos acontecimientos futuros, ya presentes aunque todavía no de forma plena; mientras que en la segunda parte se sostiene la necesidad de una revolución democrática, donde el término democrático es entendido fundamentalmente en el sentido de las

democracias occidentales. La revolución, posible y deseable en El Salvador, no es una revolución estalinista o vietnamita, como tal vez algunos lo pensaron anteriormente, sino que es una revolución democrática, que acepta el pluralismo de los partidos y de las elecciones, que se mantiene abierta a las ideas y a las prácticas del mundo occidental, especialmente a la libertad religiosa y a la idiosincrasia y tradiciones del pueblo salvadoreño, que acepta la economía mixta con buenas posibilidades para la empresa y el capital privado y desde luego para la iniciativa de los ciudadanos, que promueve la libertad de expresión y de organización y que mantiene buenas relaciones internacionales con todo el mundo, especialmente con Estados Unidos.

Se trata, por tanto, de un paso clave en la reflexión, aunque todavía intermedio pues la conexión de la primera y de la segunda parte plantea serios interrogantes. ¿Para qué medios tan violentos si el objetivo pretendido no es un régimen revolucionario sino una revolución democrática? ¿No hace increíble el propósito democrático el despliegue de tácticas militares e insurreccionales, planteadas como el "medio principal" de obtenerlo? ¿No amedrentará a la mayor parte de la población, ya no se diga a quienes por su capital, por su ideología o por sus temores ancestrales son reacios a la violencia revolucionaria, un acceso al poder, que necesariamente causaría enormes males, polarizaría más los ánimos e impediría un consenso democrático? Dicho en otros términos, muchos estarían conformes con el ideal de una revolución democrática, pero no aceptarían que el modo proporcionado de lograrla fuera el de la lucha armada con insurrección. Más aún a esos muchos se les hace difícil creer que el objetivo es democrático cuando el camino es violento. A nadie se le oculta lo difícil que es instaurar en el país una verdadera democracia y muchos ven que esta instauración no se puede lograr sin una ruptura revolucionaria con el pasado en muchos aspectos fundamentales, que vayan más allá del modo como la democracia cristiana hizo las reformas estructurales. Pero toda una serie de motivos, unos falsamente atribuidos y

otros difícilmente disculpables, hacen difícil la aceptación de la propuesta revolucionaria, presentada en los términos que ha elegido Villalobos y con él el resto de la comandancia del FMLN, en el artículo al que nos referimos.

Pero la reflexión siguió adelante y de algún modo adelantó respuestas a las cuestiones antes formuladas. El artículo de Villalobos se concluye en el mes de noviembre, mes en el que probablemente se entra de lleno por parte de la comandancia general a la discusión de la respuesta política a las próximas elecciones presidenciales de marzo de 1989.

Había que discutir, ante todo, la razonabilidad de la presencia de Convergencia Democrática en ellas, una vez que se las había definido como una maniobra importante del proyecto contrainsurgente. Pronto se vio que esa presencia traía mayores bienes que males, pues evitaba la ilegalización de los partidos, permitía una mejor visión de lo que era el FMLN y daba lugar a la tesis fundamental de llegar a la paz por la vía de la negociación. Por otra parte, sectores del FMLN, sobre todo los radicados entre sectores urbanos y suburbanos se percataron de la importancia política de las elecciones y del provecho que se podía sacar de ellas para el movimiento revolucionario y del perjuicio que le podría sobrevenir, caso de no tener una respuesta política adecuada, por cuanto durante meses el escenario político iba a estar ocupado por los actores electorales. Tanto más grave era esta preocupación cuanto que la presencia electoral de Convergencia Democrática no dejaba de legitimar en algún modo el proceso e incluso podía llevar a los sectores progresistas por la línea electoral con menoscabo de la línea revolucionaria de masas.

Todo ello levantó la cuestión de qué podría suceder al movimiento revolucionario, caso de participar en unas elecciones verdaderamente libres y democráticas. Desde fuera no es posible asegurar que haya sido ésta la secuencia temporal de las reflexiones, pero puede aventurarse que esa haya sido la secuencia lógica. La prueba está en la propuesta electoral hecha por el FMLN el 23 de

enero de 1989.

Ciertamente, en esta oferta el FMLN no ofrece participar de inmediato en las elecciones propuestas para el 15 de septiembre de 1989. Por tanto, se está todavía en un estadio intermedio. Quien se iría a presentar sería la Convergencia Democrática, pero con el aval y la recomendación del FMLN. No obstante ello, el FMLN ofrece reconocer la legitimidad de unas elecciones democráticas y la legitimidad del gobierno que saliera de ellas. No es que antes el FMLN se hubiera cerrado a todo tipo de elecciones. La oferta a participar en elecciones como modo de legitimar el poder está hecha ya en Ayagualo (1984). Lo nuevo de la propuesta del 23 de enero de 1989 es el mínimo de condiciones impuestas para reconocer la legitimidad de las elecciones y la fecha inmediata para poner a prueba su ofrecimiento de respetar el proceso electoral y sus resultados.

Puede especularse sobre la intención y los cálculos de esta oferta realmente nueva, acogida de inmediato con interés por la administración Bush, que arrastró a las fuerzas políticas salvadoreñas en un primer momento renuentes y reticentes, más preocupadas por su pleito electoral que por la paz del país y enredadas en prejuicios ideológicos, que les impiden captar las novedades políticas.

Este punto de las elecciones como vía de alcanzar el poder era el punto principal del planteamiento de Duarte y de Estados Unidos. Suponía, al menos tácticamente, que el FMLN estaba dispuesto a ofrecer a la administración Bush lo que no había ofrecido a la administración Reagan. De ahí el significado de la fecha, a los pocos días de la toma de posesión del nuevo presidente. Tal vez el FMLN pensó que su oferta no sería aceptada por ser literalmente anticonstitucional, no obstante la profunda constitucionalidad de su fondo. Pero tuvo que contar, primero, con lo que su propuesta tenía de declaración de principios y, segundo, con la posible aceptación. Con todo ello se corría un riesgo calculado. Lo más probable era la no aceptación, pero esto hacía más razonable la alternativa de la lucha armada y de la insurrección. Si, en cambio, se daba la aceptación, había

que estar preparado para ganar las elecciones. Y el FMLN llegó a la conclusión de que podía ganar las elecciones, si estas se daban en un contexto realmente democrático. Con lo cual a las vías tradicionales de la lucha armada y de la negociación para alcanzar la paz y el poder se añadía la del proceso electoral. La nueva postura queda reflejada y justificada en la entrevista que Villalobos concede a Marta Harnecker en el mes de febrero y que se recoge en este mismo número de *ECA*.

El llegar a la convicción de que le es posible al FMLN con un corto período de preparación ganar un proceso electoral, mínimamente garantizado, supone un paso fundamental, que a mediano plazo puede tener consecuencias definitivas. Las elecciones pueden ser el camino mejor para llegar al poder y son legítimas cuando se realizan limpiamente, siempre que sus resultados sean acatados y den el poder real, que corresponde a la determinación de la soberanía popular. Esto no queda asegurado en un país donde la voluntad de Estados Unidos y las decisiones de la Fuerza Armada están por encima del poder civil. Tal consideración es lo que habría llevado al FMLN a no ofrecer de inmediato la entrega de las armas y a no presentarse directamente al proceso electoral, aunque ofreciera un cese del fuego, todo lo largo que se necesitara para que las elecciones se realizaran con normalidad. Y tal consideración es la que condujo también a una segunda propuesta, cuyo centro ya no eran las elecciones sino una paz negociada, que pusiera definitivamente término al conflicto armado.

Esta segunda propuesta ofrece tres puntos centrales, que muestran el avance estratégico del FMLN: cese de la lucha armada, reconversión a la vida política, aceptación de un solo ejército. En contrapartida no exigen dogmáticamente participación previa en el poder ni constitución de un sólo ejército a partir de los dos actualmente existentes. Exigen, eso sí, la democratización del ejército actual con enjuiciamiento de los responsables de asesinatos notorios, con disminución de sus efectivos y con el traslado de los cuerpos de seguridad

La revolución, posible y deseable en El Salvador, no es revolución estalinista o vietnamita, como tal vez algunos lo pensaron anteriormente, sino que es una revolución democrática, que acepta el pluralismo de los partidos y de las elecciones.

del mando militar al mando civil. Tres peticiones irrefutables desde el punto de vista de la democracia, que se afirma ya se da en El Salvador.

El supuesto principal de ambas propuestas es la democratización del país. Si El Salvador democratiza sus elecciones y democratiza a la Fuerza Armada, no hay razón para la violencia ni para la insurrección, pues fue precisamente la falta de democracia y de salidas democráticas a las necesidades populares lo que dio paso a la revolución armada. Queda por presentar otra carta, la de un modelo económico realista, capaz de superar rápidamente el subdesarrollo del país y la injusticia estructural, causas de que la mayor parte de la población viva en condiciones de extrema pobreza.

Proposiciones tan nuevas pusieron en vilo no sólo a las fuerzas políticas y a Estados Unidos sino, sobre todo, a la mayor parte de la población. Todos captaron la novedad de la oferta y las posibilidades inmediatas de pacificación abiertas por ella. Esto hizo que los partidos se vieran forzados a conversar con el FMLN de manera pública en México; esto hizo que el presidente Duarte, con el apoyo de Estados Unidos y del Alto Mando, éste no sin renuencias, ofreciera por primera vez un planteamiento negociador realmente nuevo; y esto hizo que el 58.9 por ciento de la población encuestada prefiriera retrasar las elecciones como lo proponía el FMLN. Nunca el FMLN había conseguido un éxito político interno tan importante. Y este éxito le va a reconfirmar en el acierto de su nueva posición ante las posibles soluciones del conflicto salvadoreño.

Parece seguro que el FMLN en todo este tiempo no ha abandonado su intención y preparación de una ofensiva general acompañada de una insurrección popular, sobre todo en el campo, pero también en la ciudad. Pero, simultáneamente,

ha abierto otras vías o, por lo menos, las ha transformado radicalmente y las ha dado otra importancia. Esas otras dos vías son las de las elecciones y la de la negociación, entendidas ahora de forma distinta. Y es precisamente el éxito de su nueva propuesta el que les ha llevado a retrasar y aun a poner en un segundo plano la solución violenta en busca de la paz y del poder para situar en el primer plano la solución política de la negociación y de la participación en unas futuras elecciones.

Sin embargo, no todo está claro. Se ha presionado con la razón para que el adversario cambie sus posiciones, pero no se ha abandonado la presión de la fuerza. Mientras el gobierno ofrecía un cese del fuego ciertamente ambiguo y poco real, el FMLN lo rechazaba y aun multiplicaba sus acciones militares. Más aún seguía la violencia insurreccional y lo que es peor algunas formas de violencia terrorista, aunque en menor grado, por cuanto muchas de las amenazas hechas en su nombre han sido desmentidas oficialmente por la comandancia general del FMLN. Se creó en torno a las elecciones un clima de temor en parte por las acciones y la propaganda del FMLN, pero en parte porque así convenía a las fuerzas de la derecha. Todo este conjunto de acciones debilitó la credibilidad de las propuestas del FMLN, no obstante haber ofrecido éste sentarse a la mesa negociadora en cuanto terminara el juego electoral. El FMLN parece estar convencido de que sus adversarios sólo hacen caso a la presión de la fuerza y por eso la hace. Pero esta presión no deja de causar efectos colaterales no deseados y no es de fácil asimilación para la mayoría de la población, acosada por la falta de energía eléctrica, de agua y de transporte principalmente.

Por todo ello, aunque no puede decirse que el FMLN haya abandonado sus propósitos revolucio-

narios y su ideología marxista, o que haya rechazado la vía militar e insurreccional como método propio y apropiado de conseguir sus objetivos, o que haya renunciado a ser la vanguardia del movimiento popular, sí puede afirmarse que ha entrado en una nueva fase consistente (1) en aceptar una solución, real y no sólo formalmente, democrática como la vía más realista de alcanzar la liberación del pueblo salvadoreño; (2) en mandar a un segundo plano los medios violentos para defender las causas justas, dando otra vez espacio a medios de lucha predominantemente sociales y políticos; (3) en dejar fuera de su propuesta condiciones maximalistas innegociables, contentándose con requisitos mínimos, que permitan con seguridad la participación y la eficacia de la lucha política; (4) en aceptar, sin pretensiones hegemónicas, la participación pluralista de otras fuerzas políticas y sociales, exigiendo tan sólo que ningún otro grupo de poder interno o externo se constituya en hegemónico; (5) en someter a profunda revisión su propia ideología marxista dando más peso a la lógica de la realidad y a la voluntad empírica de la población que a métodos y postulados doctrinales; (6) en abandonar la estrategia de la guerra popular prolongada por la necesidad de

terminar cuanto antes con el conflicto, siempre que la finalización del mismo implique la superación parcial y progresiva de sus causas; (7) en hacer de la paz un objetivo prioritario sin caer por ello en pacifismos entreguistas, que supondrían la traición de tanta sangre derramada y de tanto esfuerzo empeñado; (8) en aceptar el desafío de comprobar realmente cuanta población está con ellos a la hora de constituir un partido político en disputa con otros partidos, llegándose así a una forma distinta de expresión popular con características distintas, no obstante su identidad profunda, con lo que fueron las multitudinarias organizaciones de masas del período 1975-1980.

Todo esto es más que suficiente para hablar del inicio de una nueva fase no sólo por parte del FMLN sino, sobre todo, del proceso, porque, en definitiva, el cambio se debe a la acomodación realista del FMLN a la novedad del proceso. No se ha consolidado el cambio, hay peligro de reversión, pero se lo ha iniciado lúcida y vigorosamente.

El FMLN considera que ha terminado triunfantemente con una fase de su lucha, aquella que tenía por objeto hacer fracasar el proyecto norteamericano.



no, trazado contra él mediante la constitución de un centro democrático, representado por Duarte. En esta fase de la lucha el enemigo principal lo representaban la tríada Estados Unidos-gobierno democristiano-Fuerza Armada, aunque era Estados Unidos el elemento determinante. Este fracaso había empezado a aparecer con la derrota del PDC en las elecciones de diputados y alcaldes del año pasado y se ha consumado, como se había previsto, en las presidenciales de este año. Ahora se abren otras perspectivas con el PDC en la oposición y con ARENA en el poder. Perspectivas todavía más favorables, si es que la administración Bush se decide a cambiar de línea y no traspasa sin más a Cristiani y a ARENA el apoyo dado a Duarte. Esto le permite al FMLN jugar la carta de un movimiento popular progresista, que acuerpa en su seno lo que falsamente se presentaba como un centro, lo cual, a su vez, lo obliga a moderar sus posiciones extremistas, que no eran compartidas ni compatibles por una gran parte de la población. Que esto se convierta en una posición enfrentada y polarizada con ARENA de todo el resto de las fuerzas progresistas, es una posibilidad, pero no una necesidad. De todos modos el enfrentamiento puede darse de otro modo. Y esto dependerá en gran parte de la posición del FMLN, pero también de la posición de ARENA.

2.4. La nueva posición de ARENA

Casi todos admiten que ARENA ha cambiado, por lo menos, cosméticamente, pero el problema es más profundo y el cambio ha de interpretarse en otros términos.

Ante todo, es un cambio, que no es de hoy. Hay un largo proceso entre las posiciones de FARO en 1976 y las del FAN con D'Aubuisson en 1980-1982, por un lado, de las posiciones de ARENA en el período de transición 1982-1984 con D'Aubuisson como presidente de la asamblea constituyente. Quien recuerde las posiciones de FARO ante la transformación agraria de 1976 y las compare con la aceptación por parte de ARENA y de sus aliados de la derecha de la

reforma agraria en la Constitución (art. 105), podrá medir la importancia del cambio. Las cosas vuelven a enturbiarse un tanto con las elecciones presidenciales de 1984, en las que la derrota de la candidatura arenera, no obstante los votos alcanzados (376.917, esto es, un 29.76 por ciento en la primera vuelta y en la segunda 651.741, esto es, un 46.40 por ciento) lleva al partido no a la decisión de abandonar el camino electoral, sino a poner al frente del partido a Cristiani, entonces prácticamente desconocido y a situar en un segundo plano institucional al mayor D'Aubuisson. Considerada la probabilidad de llegar al poder por la vía de las elecciones, ARENA empieza a quitar los obstáculos que pudieran impedir su triunfo y a proponer una oferta, que superara el toco nacionalismo y anticomunismo de sus orígenes. El ciclo culmina, cuando se discute el candidato presidencial para 1989, donde de nuevo se convence a D'Aubuisson que él no puede ser el candidato dada su imagen de vinculación a los escuadrones de la muerte, el rechazo que encuentra en Estados Unidos, cuya ayuda se sigue estimando como indispensable y aun el posible repudio de una parte del electorado salvadoreño, no habituado a su imagen de extremista. No sólo se elige a Cristiani, sino que hombres de su misma línea ocupan puestos importantes dentro y fuera del partido con presencia también de hombres de la otra línea, pero con pruebas fehacientes de concesiones y de cambios hacia lo que podría llamarse la modernización y moderación del partido, punto que causa agrias protestas de los sectores más extremistas del capital y de los grupúsculos pseudointelectuales, que pululan en torno a él, así como de frentes y cruzadas sin mayor respaldo dentro o fuera del partido.

En segundo lugar, aunque el cambio fuera de hoy y sólo superficial, supondría que ARENA ha sabido leer cuál es el sentir mayoritario de la población y ha aprendido cómo darle respuesta, al menos programática y verbal. ARENA quiere separarse de su imagen o de su realidad pasada, relacionada con los escuadrones de la muerte y con la violación de los derechos humanos; plantea, además, que los mayores problemas del país son la

Si El Salvador democratiza sus elecciones y democratiza a la Fuerza Armada, no hay razón para la violencia ni para la insurrección. Pues fue precisamente la falta de democracia y de salidas democráticas a las necesidades populares lo que dio paso a la revolución armada.

miseria de gran parte de la población, la crisis económica y la guerra o falta de paz, sin insistir, como lo hacía antes, en que el gran problema era la amenaza del comunismo internacional, viniera éste por vía de Managua o por vía del congreso norteamericano; sobre eso añade que no es la vía militar la mejor para terminar con el conflicto armado, sino la vía del diálogo, aunque evite con frecuencia el término negociación; se compromete, finalmente, a respetar la democracia, los derechos humanos y la legalidad.

En tercer lugar, ARENA necesita tener éxito tanto en su gestión política respecto de los electores como en su gestión económica respecto del capital. Por lo primero, tratará de evitar los defectos de Duarte y del PDC, que en cinco años dilapidaron cerca de trescientos mil votos y perdieron el ejecutivo y el legislativo, y esos defectos se relacionan con la incapacidad de resolver los grandes problemas nacionales, tanto los económicos como los militares. Por lo segundo, tratará de romper los impedimentos para un desarrollo económico acelerado, que traiga ventajas al capital y esto lleva consigo la necesidad de terminar cuanto antes con la destrucción de la guerra.

En cuarto lugar, ARENA tiene que cuidar al extremo sus acciones y las de sus presuntos aliados dentro y fuera del ejército. Duarte contaba con un cheque en blanco, dada la falsa imagen de democrata y de respetuoso con los derechos humanos, que había adquirido. Esto hizo que fuera realmente negligente en perseguir a los culpables de las grandes violaciones de los derechos humanos tanto en su etapa de la junta (1980-1982) como en su etapa de presidente (1984-1989). En este punto sólo hizo lo que los norteamericanos le pre-

sionaron y le ayudaron a hacer. Cristiani y ARENA, al contrario, parten con la imagen de ultraderechistas y afines a los escuadrones de la muerte, de modo que habrán de demostrar al mundo y en especial al congreso norteamericano, que esa imagen es falsa, pues de lo contrario las ayudas indispensables para satisfacer los objetivos del capital y las necesidades políticas se verán muy dificultadas.

En quinto lugar, ARENA piensa durar como partido y como candidato persistente al poder. Ha empezado a rearmarse ideológicamente como un partido conservador y no meramente como un partido oportunista, más anti que pro, más del no que del sí. Ciertamente su año de poder en la asamblea legislativa no permite hacerse muchas ilusiones, pues se ha perdido fundamentalmente en debilitar a sus adversarios, pero esto puede pensarse ser tan sólo parte de la preparación para alcanzar el poder total. Y éste ya lo tiene. Fracasar con todo el poder en sus manos, como ha sido el caso de Duarte y su partido, tendría como consecuencia la pérdida del mismo y, lo que sería peor para ellos, la subida al poder de fuerzas contrarias a los intereses del capital. Se trata, por tanto, de modernizar y moderar una derecha capitalista, que abandone el camino del terror y logre resultados efectivos en la solución de los problemas, especialmente de los económicos, cosa que es casi imposible sin la aquiescencia y colaboración del FMLN.

En sexto lugar, ARENA tiene que gobernar, lo cual le obliga a ser pragmático. No puede gobernar contra todos como le ocurrió a Duarte, ni siquiera al margen de todos. Cristiani ya lo ha dicho explícitamente al explicar las causas del fracaso de Duarte y al proponer su nuevo modo de gobernar con la participación de todos. Y lo ha dicho tras su

triunfo, lo cual es más significativo. Para no antagonizar con gran parte de la población tendrá que hacer concesiones. Ya ha pasado la hora de querer resolver los problemas haciendo desaparecer brutalmente al adversario y amenazando con la masacre de doscientos o trescientos mil salvadoreños, como se hacía en los años 1976-1982. El acoso del FMLN está ahí, la oposición del PDC espera dar la batalla en las próximas elecciones de 1991 y gran parte de la población espera prontas y sustanciales mejoras en sus problemas económicos y en su seguridad personal. Un gobierno de las minorías y para las minorías llevaría a una agudización de las contradicciones, más favorable para los opositores. La experiencia represiva de 1976 al 1982 no puede dejarse en el olvido, pues dio paso al robustecimiento del FMLN y al endurecimiento del conflicto armado.

Claro que hay también aspectos peligrosos y negativos en ARENA. Se habla de dos tendencias en el partido: una más militarista y violenta, encabezada por D'Aubuisson y otra más política y negociadora, encabezada por Cristiani. El verdadero poder lo tendría la primera. Pero esto, que puede ser un peligro, no es todavía una realidad. El partido está pasando de una etapa de caudillismo a una etapa más institucionalizada. Si sigue y se consolida este proceso, si, además, desde el poder del gobierno se contrarresta el poder del partido, no es improbable, que acabe imponiéndose paulatinamente, aunque no de un día para otro, la tendencia más moderada.

Más grave aún es el problema de las bases de ARENA, a las que se ha formado en una línea distinta de la hoy predominante. El anticomunismo violento y primitivo, la polarización irracional, la prepotencia del dinero y del poder, la identificación del nacionalismo y del patriotismo con los intereses de clase o de partido, el fácil recurso a todo tipo de violencia para aterrorizar al adversario y aun a terminar con él, están muy extendidos entre los simpatizantes de ARENA. Los asiduos practicantes o alentadores de las desapariciones, de los secuestros, de los asesinatos se sienten con mayor seguridad y capacidad de

acción con un gobierno de ARENA que con cualquier otro tipo de gobierno. Esto que puede ser grave en la ciudad y con referencia a opositores de nombre, puede serlo mucho más en el campo y con opositores innominados. Los próximos meses dirán si la tendencia violenta de los partidarios clásicos de ARENA va en disminución, de modo que también en estos niveles se habría advertido un comienzo de cambio, favorecido por la dirigencia más progresista.

También es importante la cuestión de la política económica. El gobierno de ARENA que probablemente va a ser liberal en las cuestiones políticas por razón de la apariencia democrática, va a ser muy definido en las cuestiones económicas. El capital va a exigir sus intereses. Se supone que ha estado reprimido por el gobierno democristiano y por sus reformas estructurales y/o por unas políticas intervencionistas. Ha invertido mucho en la campaña de estos últimos años para recuperar la conducción de la economía en beneficio propio. Buscará entonces sacar provecho a tanta inversión. No es sólo, ni siquiera principalmente, que se busque el desarrollo de todos por una vía económica, que se piensa es más eficaz, la llamada economía (social) de mercado. Se buscará directa e inmediatamente el desarrollo de las fuerzas capitalistas y la máxima acumulación y concentración de capital, lo cual volverá a traer grandes problemas. No es que el capital se haya debilitado relativamente durante los años de Duarte. Pero es que ahora pretenderá robustecerse rápidamente. Se supone que esta acumulación rápida de beneficios redundará de algún modo, por desborde, sobre la situación de las mayorías populares. Si el capital logra su propósito y no aparecen ventajas constatables de ello para la mayor parte de la población, la polarización y el enfrentamiento serán inevitables; si el capital, por razón de la guerra o de su ceguera, no consigue siquiera lo pretendido, puede desesperarse y situarse de nuevo en la posición de 1976.

Como resultado de todo este cuadro puede verse la difícil posición del gobierno de ARENA, que puede poder y no querer, puede querer y no

Casi todos admiten que ARENA ha cambiado, por lo menos, cosméticamente, pero el problema es más profundo y el cambio ha de interpretarse en otros términos.

poder, y en el peor de los casos puede no poder y no querer. Las probabilidades mayores, sin embargo, están a favor de que intente iniciar un camino nuevo, conforme a lo ofrecido en su campaña y confirmado después del triunfo. De momento no se han visto señales de prepotencia y de violencia. La noche de los cuchillos largos no se ha dado. Sólo si fracasa la vía de la negociación, sólo si se endurece la situación, volverá la tentación de la vía violenta y terrorista. El gobierno de ARENA puede ser otro de los factores que abran paso a una fase nueva y no simplemente a la repetición de lo mismo.

2.5. La nueva fase de los partidos de oposición

Las elecciones de 1988 y 1989 han cambiado el espectro político de la oposición. La democracia cristiana ha perdido casi todo su poder con solo unos pocos diputados en la asamblea legislativa, aunque manteniendo todavía más de un 35 por ciento del electorado. El PCN sigue perdiendo votantes (de 258.305 en 1982 a 40.000 en 1989, esto es, de un 19 por ciento a un 4.3 por ciento), pero aún mantiene 6 diputados y su puesto en el Consejo Central de Elecciones. La CD ha tenido un estreno más bien pobre en su primera justa electoral no alcanzando el 4 por ciento de los votos válidos. El MAC todavía importante por sus 18 diputados en la Asamblea sólo ha conseguido un 1 por ciento de los votos válidos. Si consideramos que todos estos partidos, incluido el MAC, van a formar la oposición, se contaría con un 45 por ciento de los votos válidos y un conjunto de 29 diputados. Las posiciones de estos partidos, con excepción tal vez de CD en referencia al PDC antiguo, pero no necesariamente con un PDC nuevo, no son tan distantes y, menos aún, opuestas, como para no poder formar una cierta unidad popular, lo cual permite hablar de una nueva oposición y también de la posibilidad de

una nueva fase en el proceso.

La novedad mayor consiste en la separación del poder del PDC y, consecuentemente, su paso a la oposición, con lo cual puede liberarse de los males asumidos primero tras el acuerdo con la Fuerza Armada en 1981 y, después, con la administración Reagan para llevar adelante el proyecto contrainsurgente, así como de la pésima imagen de corrupción e incompetencia, que cobró en los últimos cinco años. Cualesquiera sean los logros obtenidos para el país (aprobación y puesta en marcha de las reformas estructurales, ampliación y consolidación de las libertades y espacios políticos, respeto de los procesos electorales, evitación del colapso militar y económico, disminución cuantitativa en la violación de los derechos humanos), también originó males (no solución de la guerra, deterioro de la situación económica, polarización de fuerzas, limitación de la soberanía nacional, falta de control de la Fuerza Armada, incapacidad de enjuiciar a los responsables de las grandes matanzas, imposibilidad de desmantelar definitivamente los escuadrones de la muerte), además de desprestigiarse y corromperse en la gestión del poder. La situación cambia ahora radicalmente y se le abre al PDC la posibilidad de conducir una oposición libre de hipotecas. Si miramos los más de 25 años de vida política del PDC, ha de decirse que lo ha hecho mejor desde la oposición que desde el poder. La tradición del PDC le permite, como en los tiempos de la Unidad Nacional Opositora, recobrar su matriz popular, que no debe confundirse con su propensión al populismo, y con ello recuperar alianzas sin perder la consistencia de sus principios. Si esto puede hacerlo con los mismos hombres, que se desgastaron a su paso por el poder, o ha de hacerlo con otros es una cuestión intrapartidaria, cuya respuesta depende de un profundo y severo análisis del pasado y de una seria reflexión sobre el futuro: qué línea se va a seguir y qué hombres son los

**ARENA tiene que gobernar, lo cual le obliga a ser pragmático.
No puede gobernar contra todos como le ocurrió a Duarte,
ni siquiera al margen de todos.**

mejores para seguirla. Se trata, por tanto, de una nueva oportunidad, que puede ayudar mucho a la construcción de la nueva fase.

La otra gran novedad puede venir de una presencia más efectiva de la Convergencia Democrática. En su breve vida, como ya se dijo, ha logrado resultados cualitativamente importantes, tales como la aceptación por los extremistas de derecha de un partido que, por primera vez en muchos años, representa la presencia inmediata de una izquierda moderada; la aproximación del FMLN a planteamientos más abiertos, reconocedores de la autonomía y especificidad del FDR y de la razonabilidad de la participación política abierta, incluso en procesos electorales; la credibilidad y necesidad de procesos de negociación con el FMLN, como el medio más adecuado para conseguir la paz y el rechazo consecuente de las vías violentas como el método adecuado para resolver el conflicto nacional; la defensa de los derechos humanos y de la legitimidad de la lucha sindical, siempre que ésta no tome de ordinario caracteres insurreccionales. En orden a lograr una unidad opositora la CD representa un puente entre las posiciones más moderadas y abiertas del FMLN y lo que sería la línea más progresista del PDC. De todos modos tendría su campo propio en las líneas ya proclamadas de soberanía nacional, respeto de los derechos humanos, salida negociada al conflicto y economía dirigida prioritariamente a la satisfacción de las necesidades básicas de la población. Queda por ver si y en qué condiciones pudiera lograrse algún modo de alianza entre estos dos partidos en busca de una amplia unidad popular.

Asimismo la UDN podrá desempeñar una función de enlace y mediación. Aunque no se ha probado ante la piedra de las elecciones, representa algo peculiar en el espectro político, que a la larga puede facilitar la presencia política abierta del FMLN. De todos modos puede hacer presente ante

las masas, como en el caso de las últimas elecciones y de las propuestas del FMLN, los puntos de vista más próximos al movimiento revolucionario. Junto con otros partidos que hablaban de un gobierno de amplia participación o, en otro sentido, de convergencia nacional, pudieran constituir una oposición de amplia participación y convergencia, porque no es presumible que esto se pueda lograr a nivel de gobierno, no obstante la oferta de colaboración y participación hecha por Cristiani.

Por razón de sus diputados es importante la posición que tome el MAC. Hasta ahora ha sido clara su posición en favor de negociar con el FMLN en los nuevos términos propuestos por éste y fue un claro partidario de postergar las elecciones. Sin embargo, la ruptura existente entre el MAC y el PDC, y su modo de aproximación a ARENA en la asamblea legislativa pueden llevarle a una alianza con el partido gobernante. Algo parecido puede ocurrirle al PCN, que ha solido moverse más en torno al poder ejecutivo que en la oposición, aunque en la actual asamblea legislativa se ha movido más cerca del PDC que de ARENA.

Todavía es prematuro hablar de una posición unitaria ya constituida, aunque realmente se da ya una nueva oposición, cuya acción puede ser importante a la hora de encontrar una solución al conflicto. Hasta ahora se había logrado que el ejecutivo con el PDC y el legislativo con ARENA formaran una comisión gubernamental, a petición del presidente Duarte, para negociar la paz; igualmente se había logrado una reunión conjunta de todos los partidos, incluido la UDN, con el FMLN. Todo ello supone una razón más para pensar que se está entrando en una nueva fase, facilitada en este respecto por la arriesgada y avanzada propuesta del FMLN y por la presión electoral. Pareciera que hasta el final de la presidencia de Duarte podría seguirse con estos mismos me-

canismos de diálogo o negociación. Sólo después de la toma de la presidencia de Cristiani podrá verse si todo el sector constitucional formará un solo conjunto frente al sector revolucionario o, si, incluso para el punto de la negociación, se mantienen posiciones distintas. Lo que sí parece obvio es que en otras cuestiones, sobre todo en la cuestión económica y en la de las reformas, en la cuestión de los derechos humanos y de la violencia, la oposición podrá contar con cartas propias, que le posibiliten una crítica constructiva en los aspectos positivos ofrecidos por ARENA y una crítica más fuerte en los aspectos negativos, que sin duda se irán mostrando pronto, dada la dificultad de los problemas y el apresuramiento de los intereses creados.

En resumen, esta perspectiva de una posible nueva oposición, muestra en su misma posibilidad y, mucho más, si llega a hacerse realidad, que se está entrando en una nueva fase, en la que toma otra forma la contradicción principal entre el proyecto revolucionario y el proyecto contrainsurgente.

2.6. La nueva disposición de las fuerzas sociales

El debate nacional, organizado por la Iglesia en 1988, y encuestas sistemáticas sobre el sentir de la población (*cf.* IUDOP-UCA, n. 18 y 19) muestran una voluntad decidida de llegar pronto a la paz, de que cese la violencia y de que se pueda resolver pronto la crisis económica. Todo ello por la vía de la negociación, porque la vía de las armas es muy costosa y dolorosa, amén de que no ha conseguido resultados definitivos. Si se juntan a estos datos los que se pueden deducir de las elecciones, se puede trazar un mapa de la población, que da fundamento para poder hablar de una nueva fase. Puede estimarse que la mayor parte de la población, incluso de los votantes por ARENA, está, no sólo en favor de la paz sino en favor de una paz pronta, lograda no por la vía militar, sino por vías políticas, que incluyan la negociación.

Si se toma el proceso desde 1975 puede apreciarse hasta 1981 con la ofensiva final un

acelerado crecimiento cuantitativo y cualitativo de masas organizadas en busca de un pronto triunfo revolucionario. No sería aventurado decir que cerca de un 20 por ciento de la población se movía activamente en esta línea, cuya máxima manifestación fue la movilización de enero de 1980. La masacre de 1980-1982 y la nueva línea del FMLN, no sólo interrumpieron el crecimiento, sino que lo transformaron hacia la lucha armada. Hoy en día puede estimarse, que debido a los cambios estratégicos del FMLN, el movimiento de masas vuelve a reactivarse, pero no es realista sostener que más de un 10 por ciento de la población esté decidido a entrar activamente en el campo de la lucha armada y de la insurrección. Potencialmente puede ser tal vez mayor, pero no hay dato alguno verificable que permita actualmente hablar por encima de los cien mil salvadoreños, plegados totalmente a la estrategia militar e insurreccional.

En favor de las elecciones, como uno de los métodos para avanzar políticamente hacia la paz, aun con todas las limitaciones del actual proceso electoral, está, por lo menos, cerca del 45 por ciento de la población adulta con derecho a voto. Esto de manera comprobada por las últimas elecciones, aunque puede suponerse que el número es mayor. Si las elecciones se tuvieran con garantías plenas en su preparación, desarrollo y resultados, hay indicios serios, pasados y actuales, de que el tanto por ciento sería mucho más alto y podría acercarse al 80 por ciento de la población con derecho a voto.

En favor de la negociación, no obstante la incredulidad de muchos, puede aglutinarse también un buen número de la población, sobre todo ahora que todos los partidos han hablado de diálogo y/o negociación. Las encuestas últimas permiten hablar de que más de un 50 por ciento estaría a favor de acelerar procesos negociadores, que ayudaran a acercar la paz o, al menos, a disminuir los daños de la violencia. Para defender la solución negociadora la población se encuentra más desastida, si se compara con el caso de los procesos electorales, que cuentan con mucha

mayor tradición, más propaganda y son de realización más sencilla así como de resultados, aparentemente más comprobables. No obstante, si se diera la negociación, se la asistiera con la debida propaganda y se lograran pronto con ella resultados significativos, aunque no necesariamente definitivos, el apoyo a esta línea de acción política sería mucho más alto.

En favor de la paz pronta y duradera está la mayor parte. Si excluimos como máximo un 20 por ciento que todavía confiaría en la pronta solución militar del conflicto, puede estimarse que el resto se inclinaría por conseguir la paz incluso con concesiones importantes. Unos podrían postergar un tanto sus ideales revolucionarios y otros estarían dispuestos a convivir con una izquierda progresista, a la que indispensablemente tendrían que ofrecer el cumplimiento de sus demandas principales.

Lo importante de todo ello es que paulatina pero firmemente crece y se consolida el movimiento y la fuerza de quienes buscan resolver de una forma nueva el enfrentamiento entre el proyecto revolucionario y el proyecto contrarrevolucionario, entre el proyecto progresista y el proyecto conservador. Lo que antes era maximalismo en los fines ahora es realismo y lo que antes era radicalismo en los medios va tomando formas de mayor moderación, lo cual no significa de mayor debilidad. Dado el carácter paulatino de este movimiento no es fácil señalar el paso de una fase a otra, pero, al menos, puede sostenerse un avance y una clara novedad, si se comparan posiciones en distintos momentos. De ahí que no sea exagerado afirmar la existencia de una nueva conciencia colectiva, lo cual se comprueba indirectamente por el cambio de quienes buscan responder a ella con unos u otros fines.

Desafortunadamente las fuerzas sociales no se unen con efectividad para dar cauce social a este movimiento popular. UNTS, UNOC y CTS no mueven de hecho grandes masas y tampoco aciertan a hacer valer sus coincidencias sobre sus diferencias, precisamente porque no logran una plena autonomía respecto de los partidos y organi-

zaciones políticas (*cf.* "La cuestión de las masas," *ECA*, julio, 1987, 415-434). Tampoco se unen las iglesias y ponen todo su empeño en unificar al pueblo con un solo grito en favor de la paz negociada. Lo mismo ocurre con el sector educativo. Peor van las cosas con el sector profesional, en el que predominan los intereses más conservadores. La gran empresa privada prefiere trabajar al servicio de ARENA, que representa mejor sus intereses, abandonando así su papel propio y renunciando claramente a su autonomía para intentar un nuevo ejercicio de hegemonía.

2.7. La posición de la Fuerza Armada

La Fuerza Armada ha dado pocos signos de haber entrado en una nueva fase o de estar preparada para enfrentarla. Centrada en la conducción de la guerra y cerrada en su propio corporativismo ha avanzado en una mayor profesionalización y en la aceptación de lo que se hace vender como democracia (elecciones y cierto respeto en público a las decisiones del poder civil, siempre que no ponga en gran peligro sus intereses y/o privilegios). Ha contenido sus inclinaciones pasadas a dar golpes de Estado, cuando la situación no les era del todo conveniente. No ha avanzado tanto en el respeto de los derechos humanos de cuyas viola-



La democracia cristiana ha perdido casi todo su poder con solo unos pocos diputados en la asamblea legislativa, aunque manteniendo todavía más de un 35 por ciento del electorado.

ciones sigue siendo la principal responsable, entre otras razones porque no permite el enjuiciamiento de los miembros culpables, si estos tienen cierto rango, a no ser que Estados Unidos se lo exija de forma terminante (caso de San Sebastián, respecto del cual nada pudo el presidente Duarte y sí pudo el vicepresidente Quayle; casos de los asesinatos de periodistas en el día de las elecciones). Incluso, movida por la dinámica de la guerra y la necesidad de la lucha ideológica, sus posiciones parecen haberse endurecido, no obstante la moderación fomentada por el Ministro de Defensa y Seguridad Pública, general Vides Casanova. Ciertamente aceptaron formalmente la decisión del presidente Duarte de un cese del fuego unilateral hasta el primero de junio, pero lo hicieron sin entusiasmo y a sabiendas de que su cumplimiento no podría ser muy efectivo, mientras el FMLN no lo hiciera efectivo por su parte. Pero su lenguaje usual respecto del FMLN y, lo que es más grave, del FDR con abuso del término terrorista y de planteamientos exterminadores, no dejan de ser peligrosos. Pueden interpretarse como necesidad de propaganda y de mantener alta la moral de sus tropas, pero pueden interpretarse también como una disposición de ánimo simplista en su anticomunismo e interesada en salir militarmente triunfantes de una guerra, que no ha sido ganada, según ellos, por culpa de los políticos. Amparados en su apoliticidad, aunque han aceptado integrar la comisión gubernamental negociadora, no se han manifestado apenas respecto de la proposición del FMLN, uno de cuyos centros principales es precisamente la reestructuración de la Fuerza Armada. Se les ha hecho la concesión de no negociar la constitución de un sólo ejército a partir de los dos actuales, pero se les ha exigido el enjuiciamiento de los culpables, la disminución de sus efectivos y la separación de los cuerpos de seguridad del mando militar.

Se constituye con ello la Fuerza Armada en un

poder decisivo no sólo a la hora de las soluciones, sino también a la hora de definir las posibilidades de la nueva fase. No habrá democracia sin la democratización de la Fuerza Armada, no habrá paz sin la pacificación de la Fuerza Armada, no habrá pacificación sin una reconversión ideológica más moderna y menos militarista (*cf.* "Los militares y la paz social," *ECA*, julio-agosto, 1984, 475-490). En esto y en la profesionalización de los militares pueden mostrarse algunos avances, pero no lo suficientemente largos y consolidados, para estimar que se ha normalizado la situación y que ya no se corre el peligro de que el ejército vuelva a ser el árbitro supremo, no sólo de las cuestiones militares, sino también de las cuestiones políticas, incluidas en éstas las económicas.

El motor de la actividad de la Fuerza Armada ha sido durante todo este tiempo, sobre todo, su propio interés corporativo, pero el timón gobernante de su ruta, tanto militar como política, ha sido, principalmente, la administración norteamericana. Esto va a seguir siendo así. Por tanto, va a depender en gran medida de Estados Unidos cuál va a ser la línea fundamental de la Fuerza Armada en la actual coyuntura. No es claro que Estados Unidos o la Fuerza Armada estén cansados de hacer la guerra; no hay signo alguno de pérdida de moral o de desilusión, antes están convencidos de que por la vía militar no pueden ser derrotados y de que a la larga pueden triunfar militarmente. Por otra parte, tampoco hay signos de que se vaya a cambiar la guerra de baja intensidad por otra estrategia de mayores costos también para el ejército. De ahí que haya de aguardarse a que Estados Unidos defina más precisamente su estrategia sobre El Salvador, a sabiendas de que una ruptura entre la administración norteamericana y el mando militar no es de ningún modo probable. El leve indicio de esa administración, cuando mostró interés por la propuesta electoral del FMLN, no es suficiente para proyectar cuál será la posición

La situación cambia ahora radicalmente y se le abre al PDC la posibilidad de conducir una oposición libre de hipotecas. Si miramos los más de 25 años de vida política del PDC, ha de decirse que lo ha hecho mejor desde la oposición que desde el poder.

conjunta Estados Unidos-Fuerza Armada ante la segunda propuesta, que afecta tanto al ejército.

Cuánto pueda influir a corta distancia sobre la Fuerza Armada el conjunto de las otras fuerzas puede ser discutible. Pero no se puede ser optimista. Ni el gobierno, ni el partido ARENA, ni la oposición, ni las fuerzas sociales, aun estando todas ellas juntas, tienen suficiente poder para superar el veto militar en cuestiones que la Fuerza Armada considere afectan seriamente a sus intereses, si no cuentan también con el apoyo muy firme y explícito de Estados Unidos. A media y larga distancia los pronósticos podrían ser otros en la medida, precisamente, que se fuera consolidando la nueva fase. Un salto audaz de los hombres armados hacia la solución negociada sólo podría darse si se asegurara que ese salto no fuera mortal. Unas largas, francas y sabias negociaciones del FMLN con la Fuerza Armada podrían facilitar el salto y algo de eso parece haberse iniciado o, al menos, propuesto. Queda un largo, muy largo camino por recorrer y no parece que se esté avanzando muy velozmente por él. He aquí, una vez más, la gran incógnita.

2.8. Las elecciones presidenciales de 1989

Sería exagerado ver las elecciones presidenciales de marzo como principio de la nueva fase, pero no es exagerado verlas como el final de la anterior o uno de sus posibles actos finales. Había calculado Estados Unidos que lo más conveniente eran dos presidencias democristianas para democratizar El Salvador y robustecer un centro que pudiera consolidarse entre los dos extremos y con ello consolidar el proceso democrático. Ya en las elecciones de marzo del año pasado se vio la debilidad de la propuesta, reflejada tanto en el fracaso gubernamental como en la división interna del partido gobernante. Como mal menor, la ad-

ministración norteamericana empezó a aceptar que también podría llevar adelante sus planes con la ARENA de Cristiani y prefirió respetar el proceso electoral antes que imponer por la fuerza a su candidato preferido. La administración, que había vetado eficazmente a D'Aubuisson no quiso vetar a Cristiani y la que había promovido a Duarte no se empeñó en promover a Chávez Mena. De ahí se sigue que Estados Unidos no ve en el triunfo de la ARENA actual el fracaso de su plan o, por lo menos, un peligro grave para su proyecto. Sin embargo, lo que éste tenía de apoyar un centro entre dos extremos ha dejado de existir, aunque se ha logrado un cierto deslizamiento de las fuerzas derechistas hacia un hipotético centro o hacia una cierta moderación. Va a darse una cierta novedad, pero no una novedad radical para los propósitos norteamericanos, porque, en definitiva, lo esencial del proyecto era legitimar el enfrentamiento militar con el FMLN mediante una cobertura de elecciones, de modo que quedara asegurado su aliado principal, la Fuerza Armada, y se contara también con un poder político, que le fuera afecto. Todo esto se consigue con ARENA y si ésta asegura una menor o igual cuota de violación de los derechos humanos y de control de los escuadrones de la muerte, puede desaparecer la idea del centro y ser sustituida por la ideología de la democracia electoral. No hay, pues, cambio sustancial, a no ser que ARENA se salga del esquema previamente trazado, pero la ayuda económica y la mediación de la Fuerza Armada pueden ser razones suficientes para que esto no ocurra.

Sin embargo, por otras razones, las elecciones mostraron el proceso de desgaste de la fase anterior. Puede apelarse al menor número de votantes, sobre todo, si se considera que eran presidenciales (1.266.276 votos válidos en la primera vuelta de 1984 y 1.404.366 en la segunda, frente a 939.078 en 1989, cantidad todavía más

sorprendentemente baja, si se considera el aumento poblacional de cinco años). Apenas un 55 por ciento de los que tenían alguna intención de voto, pues habían sacado su carnet electoral, votaron y de la población en capacidad de votar —no menos de 2.200.000— ese porcentaje queda reducido a menos de un 45 por ciento. El hecho de la relativa poca asistencia a las urnas es indiscutible, si se tiene en cuenta la historia electoral de El Salvador, aunque la explicación del hecho pueda resultar más compleja.

Los más apelan al paro de transporte, pero este paro se dio también en elecciones anteriores, aunque en el actual hubo un temor más generalizado. Otros apelan al llamado del FMLN a no votar, pero este llamado había tenido lugar en otras ocasiones. Sin negar el influjo de esos dos factores, ha de recurrirse a otras razones más profundas. Y éstas son, al menos, dos. Una, que la reiteración misma de los procesos electorales con su comprobada ineffectividad para resolver los grandes problemas del país, lleva paulatinamente al desencanto. Otra, tal vez, la principal, que la oferta del FMLN, tanto en su forma primera electoral como en la segunda de finalización de la guerra, dejó muy en segundo lugar todo el proceso electoral, no obstante la millonaria propaganda a su favor. Por esa oferta las elecciones quedaron desvirtuadas. No se postergaron, como proponía el FMLN, porque no lo permitía la Constitución, pero, si no se hubiera dado esta dificultad, mal se hubieran visto los partidos, que no hubieran aceptado la postergación, pues esas otras elecciones sí hubieran puesto en conmoción y participación a la mayor parte del electorado posible. Y esto representa no sólo el final de una fase, sino incluso el comienzo de otra. La posibilidad de una negociación abierta a unas elecciones democráticas, verdaderamente nacionales, se abriría como un nuevo punto de coincidencia y como una verdadera esperanza. Es necesario que el FMLN participe en la vida nacional con igualdad de oportunidades, de modo que tome otra forma y camino el enfrentamiento entre el poder revolucionario y el poder constitucional.

Hasta qué punto la preferencia relativa de los votantes por ARENA suponga una novedad, ya ha sido examinado anteriormente. Son diferencias dentro de lo mismo y, en ese sentido, no suponen novedad. La que pueda resultar se deberá más a la nueva configuración de fuerzas en relación con el poder político. Es, en cambio, la debilidad de este proceso electoral, la que indica el final posible de una fase y el comienzo de otra. Es posible que ARENA demuestre unas posibilidades de acción y de efectividad inmediata, que retrasen un tanto el despegue firme de la nueva fase. Pero los caminos antiguos están realmente cerrados y por ellos poco se puede avanzar. Al contrario, el intento de implantar medidas estabilizadoras en lo económico, de debilitar o desmontar las reformas estructurales, de acentuar la vía de la fuerza sobre la vía de la negociación llevarían pronto a un fuerte enfrentamiento, que mostraría con mayor claridad y persistencia de entrar en la nueva fase.

3. Perspectivas de la nueva fase

No es fácil concretar las características de la nueva fase, pero hay dos líneas a través de las cuales podría intentarse el diseño. Una, es la negación superadora de aquellas notas, que se han presentado como más negativas en los años pasados; otra, la de descubrir aquellos dinamismos internos al proceso, en los que ya se dibuja el perfil futuro, si es que el fin o *telos* (Aristóteles) del proceso debe estar actuando como forma o *morphe* del mismo. Esa nueva fase que se presenta como superadora de la anterior, la hemos definido como una nueva forma de enfrentamiento constructivo del proyecto revolucionario y el proyecto contrarrevolucionario. Los partidarios de aquél debieran haber entendido, que en la superación dialéctica de los contrarios, ninguno de ellos queda como estaba, sino que su choque da paso a una cosa cualitativamente distinta, aunque en ella se refleje más el dinamismo de uno de ellos. Los partidarios del proyecto contrainsurgente, a su vez, debieran reconocer, no sólo lo intrínsecamente positivo del movimiento revolucionario, sino incluso la necesidad de que esa parte positiva sea reconocida en su

justeza y necesidad como parte fundamental del proyecto histórico salvadoreño.

Desde esta perspectiva se pueden señalar algunos procesos, que favorecerían el surgimiento y consolidación de la nueva fase.

3.1. Moderación realista de los ideales utópicos

La crisis social salvadoreña, en su primer intento de solución, llevó al extremismo en los fines y en los medios de las posiciones opuestas. Ambos proyectos perdieron contacto con lo realmente posible y se dedicaron a unos medios, que no sólo robustecían los de sus contrarios, en lugar de debilitarlos, sino que los extremaban, como si fueran posibles los ideales extremos de superación aniquiladora del contrario y de su proyecto. Se intentó ciertamente un proyecto intermedio, el de las reformas estructurales democráticas, pero era éste un modelo imposible de triunfar, fundamentalmente porque era un modelo artificial, traído desde fuera del proceso y con el fin primario de "acabar" con los revolucionarios y de "moderar" a los conservadores, con lo cual ni se estaba en el medio ni se contaba con fuerzas propias para llevarlo a término. El fracaso de esta solución intermedia apunta a la otra solución de moderar los extremos en busca, no de una solución intermedia, extrínseca a ambos, sino de una nueva solución intrínseca y superadora.

Esto parece ser lo que está empezando a darse, como se apuntó en páginas anteriores. Sobre todo, por parte del FMLN, quien en sus fines y en sus medios está proponiendo un cambio profundo de su proyecto revolucionario, que sin perder su ideal utópico, fundamentalmente ético, lo modera conforme a las posibilidades históricas, tanto estructuralmente geopolíticas como coyunturalmente políticas. En menor medida esto es también perceptible en el lado contrario, a pesar de que en él predomina más la defensa de los intereses propios que la búsqueda de una solución integral, no obstante lo cual se ha logrado cierta aproximación en el orden verbal y en el orden de las propuestas.

Respecto de los fines el acercamiento estriba



en la superación de la extrema pobreza de la mayor parte de la población y no ya en la derrota del proyecto capitalista o del proyecto marxista. Respecto de los medios, el acercamiento estriba en el intento de superación de la vía de la violencia, sustituida por vías políticas y sociales. Incluso la última propuesta del FMLN se centra en la aceptación de la democracia en los mismos términos, que usa verbalmente la contraparte, sólo que exigiendo su verificación real. Si las elecciones son democráticas y se respeta absolutamente su resultado, si el ejército es realmente democrático y se somete efectivamente al poder civil libremente elegido, si cesa el intervencionismo extranjero limitante decisivo de la soberanía y de la autodeterminación del pueblo —condiciones todas sin las cuales no es posible hablar de democracia, ni siquiera en el sentido de las democracias occidentales—, entonces el FMLN entraría de lleno al juego, democrático y abandonaría los medios revolucionarios de participación en el quehacer nacional y, desde luego, entregaría las armas.

Este es un gran avance de acercamiento por la vía de la moderación y de la concesión. Hasta ahora el proyecto revolucionario tenía dos armas fundamentales, la de la violencia y la de la negociación, mientras que el proyecto contrainsurgente tenía otras dos armas, la de la violencia y la de las elecciones. La novedad consiste en que el

En favor de la paz pronta y duradera está la mayor parte. Si excluimos como máximo un 20 por ciento que todavía confiaría en la pronta solución militar del conflicto, puede estimarse que el resto se inclinaría por conseguir la paz incluso con concesiones importantes.

proyecto revolucionario ha aceptado las elecciones, aun sin estar ellos en el poder y el proyecto contrainsurgente ha aceptado de forma más seria, como se reflejó en la contrapropuesta de Duarte y en la reunión de los partidos políticos con el FMLN, la negociación. Aunque entendidas de forma diversa se cuenta ahora con el mismo esquema por ambas partes: violencia-negociación-elecciones; más aún, se acentúa el que el binomio negociación-elecciones debe tomar el primer plano, dejando en segundo el de la violencia.

Quizá falta todavía cierta moderación en el ideal económico propuesto por ambas partes. El FMLN lo ha moderado desechando un modelo de completa planificación estatal y del consiguiente intervencionismo para acercarse a un modelo de economía mixta, en el que tanto el Estado como la iniciativa privada tengan campos importantes de acción, pero en el que tenga prioridad la satisfacción de las necesidades básicas de la mayor parte de la población. No es tan probable que el próximo gobierno modere su neo-liberalismo, pues ha estado luchando por él como más favorable para los intereses del capital y derivadamente para los intereses nacionales; no en vano, Cristiani ha hablado del modelo económico chileno como ejemplo digno de imitación e instituciones ideológicas, sustentadas por la empresa privada y por la AID, están proponiendo modelos de desarrollo neo-liberales.

Todo ello muestra la dificultad de esa moderación de los ideales y/o intereses propios, pero muestra también que algo ha empezado a cambiar en el fondo y en la forma. Y este es el cambio, que debe ser impulsado por todos para entrar de lleno en la nueva fase.

3.2. Inicio inmediato de un proceso continuado de negociación

Uno de los indicios de la nueva fase es la nueva disposición, que la mayor parte de los sectores nacionales han mostrado en favor de los procesos negociadores entre las partes en conflicto. Lanzadas las nuevas propuestas por el FMLN, encontraron una buena acogida en el gobierno, en los partidos políticos, en las fuerzas sociales y en Estados Unidos, así como en la Comunidad Económica Europea en su reunión de San Pedro de Sula y en distintos países latinoamericanos. El ofrecimiento era cualitativamente nuevo y suscitó conmoción nacional. Estancado el movimiento tanto por las elecciones presidenciales, es menester relanzarlo incluso antes del primero de junio, fecha del cambio de presidente.

Es posible que en un primer momento, correspondiente a estos dos meses de transición de un presidente a otro, no podrá hacerse mucho, pero podrían iniciarse conversaciones previas, que, de un lado, rebajaran la actividad militar en la seguridad comprometida de que las negociaciones se iban a tener de forma firme y continuada, una vez se estableciera el nuevo gobierno, y, de otro lado, prepararan ya los temas y la secuencia de los mismos y el método. Si se conviniese en firme que los supuestos generales de la negociación, en términos semejantes a los apuntados en páginas anteriores, pueden ser compartidos por todas las partes, no sería tan difícil empezar a lograr paulatinamente resultados significativos, si es que se proyectase un sistema de reuniones, suficientemente prolongado, realista y sincero. Y este sería uno de los puntos esenciales para avanzar por el camino de la negociación. Esta no puede con-

cebirse como fácil ni como corta, aunque tampoco haya de confundirse la prolongación con la ineficacia, pues ésta supondría el mayor peligro del proceso.

Hay temas mayores y temas menores en esta negociación. El planteamiento fundamental está claro: ¿en qué condiciones el FMLN puede entregar las armas y participar de lleno en la vida política y social del país? En sus últimas propuestas el FMLN ha respondido a esta cuestión de una manera clara: cuando esté asegurada la democratización de la Fuerza Armada y la democratización de las elecciones; más aún, ha especificado en qué consiste y cómo podría lograrse esa doble democratización, sin la cual no es posible hablar de democracia en el país: purificación y disminución de la Fuerza Armada y democratización total del proceso electoral.

Pero mientras esto no se alcance pueden estudiarse otros problemas, sobre todo si se llega a un compromiso efectivo de cese del fuego por ambas partes de modo unilateral o bilateral. Ya el tema del cese del fuego es de por sí importantísimo y traería grandes bienes a toda la población. Pero, incluso sin llegar a él, lo cual sería lo más deseable, puede reemprenderse el estudio de la propuesta de los dieciocho puntos (*cf.* Ellacuría, I., "Nueva propuesta de diálogo del FMLN-FDR: los 18 puntos," *ECA*, julio, 1987, 435-447), en lo que tiene de humanización del conflicto y reducción del impacto de la guerra. Un gobierno de ARENA puede ser especialmente sensible a las ventajas de la supresión definitiva del sabotaje y de los paros al transporte e incluso la Fuerza Armada podría estar interesada en negociar el no uso de las minas. También podría discutirse el modo de ir logrando paulatinamente la desarmamentización y desmilitarización de ambas partes en conflicto, lo cual constituiría un modo gradual de entrar al tema de la democratización de la

Fuerza Armada.

A más larga distancia podrían discutirse las condiciones para que el FMLN participase en las próximas elecciones a diputados y alcaldes o, al menos, respetase totalmente su curso y reconociese su plena legitimidad. La concesión fundamental ya ha sido hecha: el FMLN acepta unas elecciones realmente democráticas. Quedarían por discutir las condiciones indispensables para que las elecciones pudieran alcanzar ese carácter de forma indudable y aceptada por todos los sectores nacionales, lo cual podría demostrarse con una participación realmente masiva.

Otros temas más políticos y económicos no tendrían por qué ser parte de este proceso negociador, a no ser que en él participasen todos los partidos políticos y las fuerzas sociales, ya que el FMLN y el gobierno con la Fuerza Armada no tienen la totalidad de la representación popular. Ni ha de pensarse que es posible resolver todos los problemas en la mesa de la negociación. Lo que en ésta puede asegurarse es un proceso político adecuado, el cual iría construyendo la nueva realidad.

Para lograr que las partes en conflicto se sienten a negociar y lo hagan de forma sincera y efectiva a favor de todo el pueblo salvadoreño y no sólo de algunos de sus sectores, debiera lograrse una gran presión nacional, hecha por todos los partidos políticos y todas las fuerzas sociales. La nueva oposición debiera luchar primariamente en favor de este objetivo, los participantes en el debate nacional lo debieran hacer también desde una autonomía y apertura mayor y la Iglesia lo debería hacer como una parte principal de su misión, poniéndose a ello con sus recursos espirituales y su poder de convocatoria. Algo se ha hecho ya, pero es mucho más lo que pueda hacerse. La vieja idea de un referéndum nacional sobre la voluntad del pueblo respecto de la

**No habrá democracia sin la democratización de la Fuerza Armada,
no habrá paz sin la pacificación de la Fuerza Armada,
no habrá pacificación sin una reconversión ideológica
más moderna y menos militarista.**

La concesión fundamental ya ha sido hecha: el FMLN acepta unas elecciones realmente democráticas.

negociación debería ponerse en marcha. Se corre el peligro de que distraídos por la novedad aparente de un nuevo gobierno, se postergue indebidamente la necesidad real de acceder a la paz justa por la vía de la negociación.

3.3. La conjunción centroamericana

Cuantas veces se han reunido los presidentes centroamericanos en la etapa que comienza con Esquipulas I, los resultados han sido más que satisfactorios, especialmente tras Esquipulas II y las subsiguientes reuniones de San José y El Salvador. El éxito, que no podía esperarse *a priori*, anima a continuar, no sólo con las reuniones presidenciales y eventualmente con la puesta en marcha del parlamento centroamericano, sino con un planteamiento globalmente centroamericanista de los problemas y de las soluciones de los cinco países, indispensable para entrar en una nueva fase (cfr. Ellacuría, I., "Análisis ético-político de Esquipulas II," *ECA*, agosto-septiembre, 1987, 599-610; *Id.*, "Propuestas de solución en el marco de Esquipulas II," noviembre-diciembre, 1987, 865-889, y el editorial de *ECA* "Proceso de pacificación en Centroamérica," *ib.*, 803-816). Parecería que enfrentados los presidentes centroamericanos entre sí ante la faz de sus pueblos y no en el desamparo de las relaciones bilaterales con Estados Unidos, recuperan un realismo lúcido y, sobre todo, la vocación unitaria de sus pueblos, unidos por parecidos problemas y abocados a soluciones comunes, ya que son ramas de un mismo tronco, de modo que éste no es lo que es, sino con todas ellas y no puede subsistir vigorosamente, si le falta alguna.

Ciertamente la realidad está muy lejos del idealismo unionista, pero también es cierto que la realidad impulsa a distintas formas de conjunción, desde luego en lo económico, pero también en lo social y aun en lo político. Mucho se ha avanzado, tras los desgarros de 1979, en el camino de la unidad, al aceptarse, por un lado, el pluralismo

político entre las naciones, que repudia formas de agresión y de intervención y, por otro, la aceptación por todos los países de un cierto marco democrático como forma común de coexistencia política, no obstante el pluralismo antes aludido.

En este sentido las declaraciones conjuntas de los presidentes, además de representar una afirmación autónoma y aun soberana de los países centroamericanos, que ha puesto a la defensiva a los norteamericanos, mientras que ha asumido lo mejor del proyecto latinoamericano, son un comienzo de algo nuevo. No habrá independencia centroamericana sin unidad centroamericana y, a su vez, no se logrará plenamente esa unidad, si no se logra una mayor independencia.

Esa unidad independiente puede crecer con el cultivo conjunto de las tres grandes líneas de Esquipulas: pacificación, democratización y desarrollo económico justo. Las tres líneas se requieren mutuamente y no tiene mucho sentido escalonarlas en el tiempo. Sin democracia y sin desarrollo no puede haber paz; sin paz y desarrollo no puede darse la democracia; y, aunque en teoría, es pensable un desarrollo sin democracia, pero no sin paz, tal desarrollo antidemocrático generaría nuevas formas de conflicto. En un momento y en determinada circunstancia, es posible avanzar más en alguno de esos elementos no sólo intrínsecamente enlazados, sino también intrínseca y mutuamente codeterminados. La paz en Nicaragua puede llevar pronto a la democracia; la democratización en El Salvador y en Guatemala, que entre otras cosas exige el respeto a los derechos humanos y la democratización de los ejércitos, puede empujar hacia la paz; el desarrollo en Honduras podría prevenir el estallido social, por poner algunos ejemplos más obvios. Pero sólo el avance suficiente y unitario de esos procesos haría que se fuese consolidando la nueva fase.

Hoy que está en vías de superación el usar un país contra el otro al servicio de intereses foráneos, se está por lo mismo más cerca de unirse todos y

de presionarse mutuamente en vistas a encontrar soluciones conjuntas en el orden económico, para desde éste, como en el caso del mercado común europeo, ir construyendo sólidamente una nueva comunidad de naciones, que unidas hagan frente a los desafíos internos y se articulen mejor en el orden internacional.

Para el caso de El Salvador esto es de extrema necesidad, dada la estrechez de sus fronteras, la escasez de sus recursos y la riqueza cuantitativa y cualitativa de su población. Es un argumento más para que las partes en conflicto moderen su extremismo y se acomoden mejor a lo que es el contexto histórico de la realidad centroamericana.

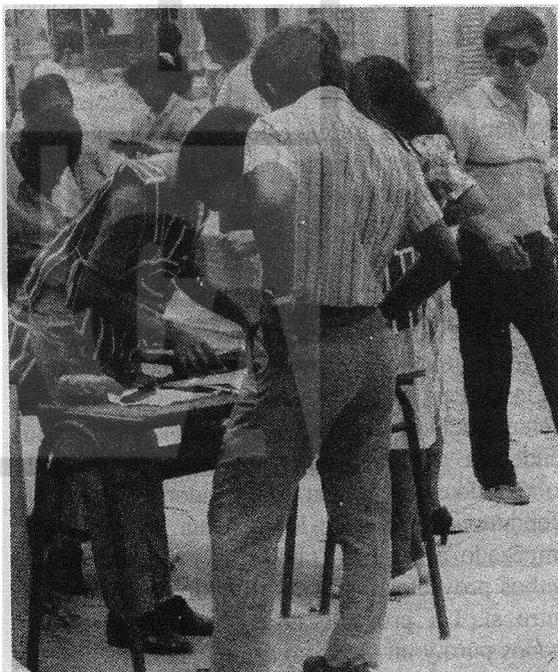
3.4. La presión internacional

Toda Centroamérica, pero especialmente El Salvador, vuelven a estar en el primer plano del interés mundial. De nuevo se hacen presentes a la vez la gravedad y peligrosidad de la crisis junto con la esperanza de que puede hacerse mucho por resolverla y por resolverla pronto. Nicaragua ha ofrecido hacer lo que se le pedía y El Salvador muestra desnuda su realidad, una vez desaparecida la figura de Duarte, que cubrió con apariencias democráticas esa realidad, pero que de ningún modo resolvió sus problemas. En cambio, la imagen de ARENA obliga a poner los ojos muy de cerca sobre lo que pueda ir pasando en El Salvador. Es una buena coyuntura, sobre todo, si se considera el nuevo *animus negotiandi* del FMLN. En este contexto mucho puede esperarse de la presión internacional. Estados Unidos, la Unión Soviética, la Comunidad económica europea, el grupo latinoamericano de los ocho, etc., mucho pueden contribuir a terminar, mediante la negociación, con el conflicto centroamericano y salvadoreño.

Es una presión, que ha de hacerse sobre todas las partes. Estados Unidos lo puede hacer, sobre todo, con la Fuerza Armada y el gobierno de ARENA, la Unión Soviética-Cuba-Nicaragua con el FMLN. Europa y el Grupo de los ocho con ambas partes y con los distintos grupos políticos, agrupados en la oposición. La presión puede hacerse con palabras, pero sobre todo con in-

centivos y castigos. La ayuda económica debe estar condicionada, cuando vaya al gobierno, al respeto de los derechos humanos, al fortalecimiento de la democracia y a avances importantes en el proceso de negociación. Es una dirección, en la que ya se habían situado las Naciones Unidas y el congreso norteamericano, pero que necesita una práctica más consecuente. Si se pudiera llegar a que ninguna de las partes en conflicto recibiera ayuda militar, sobrepasando con esto el unilateralismo de Esquipulas II, el avance a corta y larga distancia sería más significativo. Negociación con elecciones, elecciones con negociación pueden constituir el marco general y aun el supuesto de arreglos más concretos. Dadas las últimas propuestas, no sólo no se excluyen, sino que se fortalecen mutuamente y se complementan.

Sin esta presión internacional se corre el peligro de no avanzar. La dificultad del camino y los adversarios del avance pueden empujar a tomar un desvío, que no lleve racionalmente a la paz sino, más bien, a la prolongación y endurecimiento de la guerra. No todas las fuerzas internas están dispuestas a entrar en la nueva fase, aunque, tal



vez por primera vez, lo están todas las fuerzas internacionales. Unas lo están menos y no dejan de tener sus dudas —caso de Estados Unidos, sobre todo—, pero aun en esos casos los vientos son favorables, mientras que con la administración Reagan eran contrarios, y sobre todo, la tendencia general es la de entrar en un nuevo planteamiento, que permita solucionar un problema ya demasiado alargado. No se está pidiendo un intervencionismo internacional, que deteriore aún más la soberanía nacional, sino una presencia que, por un lado, frene el intervencionismo unilateral y, por otro, de aliento a la autodeterminación popular en favor de una pronta, efectiva y justa salida negociada.

4. A modo de conclusión

El Salvador está ante una nueva oportunidad histórica. No se trata sólo ni principalmente de que se hayan constituido nuevos agentes políticos —Bush, Gorbachov, Cristiani, el PDC en la oposición, etc.— y que estos nuevos agentes hayan cambiado respecto de sus inmediatos predecesores, sino de que el proceso mismo es nuevo y obliga a cambios a quienes aparecen momentáneamente al frente de él. Esa novedad cualitativa se refleja, sobre todo, en la transformación importante, que se han visto obligados a tomar fuerzas como el FMLN, ARENA y la administración Bush. Pero eso son sólo los reflejos de algo más hondo, de algo más grave, que si no se enfrenta adecuadamente con seguridad y con audacia, con prudencia y creatividad, puede convertirse no sólo en una nueva frustración por la oportunidad perdida, sino en un nuevo empeoramiento, que deje al país más exangüe de lo que está.

El enfrentamiento entre el proyecto revolucionario y el proyecto contrarrevolucionario tomó en Centroamérica, durante los ochenta, una clara tendencia a la confrontación violenta, reflejada sobre todo en Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Honduras. Al final de los ochenta las cosas han empezado a cambiar, tanto en la moderación de ambos proyectos como en el modo de enfrentarse entre sí. Un proyecto marxista leninista más o menos puro y un proyecto capitalista neoliberal no

son conciliables en un mismo país y difícilmente en una misma región; un enfrentamiento militar, que busca la aniquilación militar y la total desaparición del adversario, se ha demostrado no ser posible en la fase actual: los contras ayudados por Estados Unidos no pueden derrocar a los sandinistas, pero tampoco pueden ser aniquilados; el FMLN no ha podido ser derrotado por una Fuerza Armada quintuplicada ni ha podido derrocar al gobierno. Los proyectos ahora propenden a ser más moderados, una vez visto el irrealismo de crear un tercer proyecto intermedio, y se empieza a dar una clara tendencia a superar el enfrentamiento militar y a integrar a las distintas fuerzas en el mismo futuro nacional.

Del pasado puede aprenderse que el extremismo revolucionario como forma socialista de desarrollo interno y como forma de antiimperialismo han dejado de ser por el momento una posibilidad histórica. Las condiciones materiales del desarrollo económico y la gravitación de Estados Unidos como gran potencia han acabado imponiéndose sobre voluntarismos e idealismos juveniles, tal vez psicológica y sociológicamente ineludibles, pero inevitablemente transitorios. También debe aprenderse que el extremismo reaccionario, como forma arcaica de explotación y de opresión, robustecen más que aniquilan a su contrario.

No es que haya desaparecido el peligro de volver la mirada atrás y de repetir estrategias suicidas. La nueva fase es una oportunidad, es incluso una realidad incipiente, pero puede abortarse, si se refuerzan los dinamismos retardatarios y se debilitan los progresistas. Tentaciones y pretextos no van a faltar a ninguna de las partes para volverse atrás o para avanzar tan despacio, que la realidad desborde a la política. El uso de la fuerza para conseguir la negociación o mejor colocación para negociar es un instrumento sumamente peligroso, al menos a la corta, que está siendo utilizado por ambas partes. El retardo del proceso negociador, bajo el supuesto falso de que otras cosas son prioritarias, no sólo desaprovecha el impulso ya logrado, sino que puede situar las

cosas donde estaban antes de las propuestas del FMLN. Y esto sería perder mucho de lo que se ha avanzado.

Por ello, para impulsar la nueva fase se requiere trabajar a su favor directa e indirectamente. Directamente en preparativos inmediatos de negociación, impulsados por los partidos y por el FMLN, pues la comisión gubernamental está herida de muerte; en especial, son importantes conversaciones previas de ARENA con el FMLN y de éste con la Fuerza Armada; también las fuerzas sociales y, entre ellas y con ellas la Iglesia, deben favorecer el ambiente propicio para la negociación. Indirectamente en un trabajo sistemático para ir superando los males, que impiden la reincorporación del FMLN a la vida política. Estos son, a) violación de los derechos humanos por parte de los escuadrones de la muerte y de la Fuerza Armada; b) suma debilidad del poder judicial; c) grave situación económica para la mayor parte de la población; d) magnitud, estructuración y comportamiento de la Fuerza Armada; e) desinformación y polarización promovidas en los medios de comunicación. También el FMLN tendría que favorecer el cambio y hacer creíble sus nuevas propuestas con acciones tales como: a)

abandono de toda acción violatoria de los derechos humanos y de las que puedan considerarse como técnicamente terroristas; b) abandono de aquellas acciones que repercuten económicamente sobre la mayor parte de la población; c) presentación de propuestas realistas en orden a lograr resultados efectivos y a entrar de lleno en la solución definitiva del conflicto.

Sería fatal para el país continuar con otro ropaje en el mismo proceso de destrucción, seguido hasta ahora. Ese proceso de destrucción ya ha dado positivamente de sí casi todo lo que podía dar; ha mostrado también sus límites insuperables. Prolongarlo podría llevar a una situación irreversible de aniquilamiento y de tierra quemada, que, en el mejor de los casos, hipotecaría al país por decenas de años y le obligaría a hundirse más en niveles de miseria, que ni siquiera harían posible la protesta eficaz, cuanto menos cualquier tipo de insurrección. Por el dramatismo de esta perspectiva y, sobre todo, por la presencia esperanzadora de la nueva fase, es hora de cambios profundos en la relación fundamental entre el proyecto revolucionario y el proyecto contrarrevolucionario.